

BOX SILEROS BRUGUERA

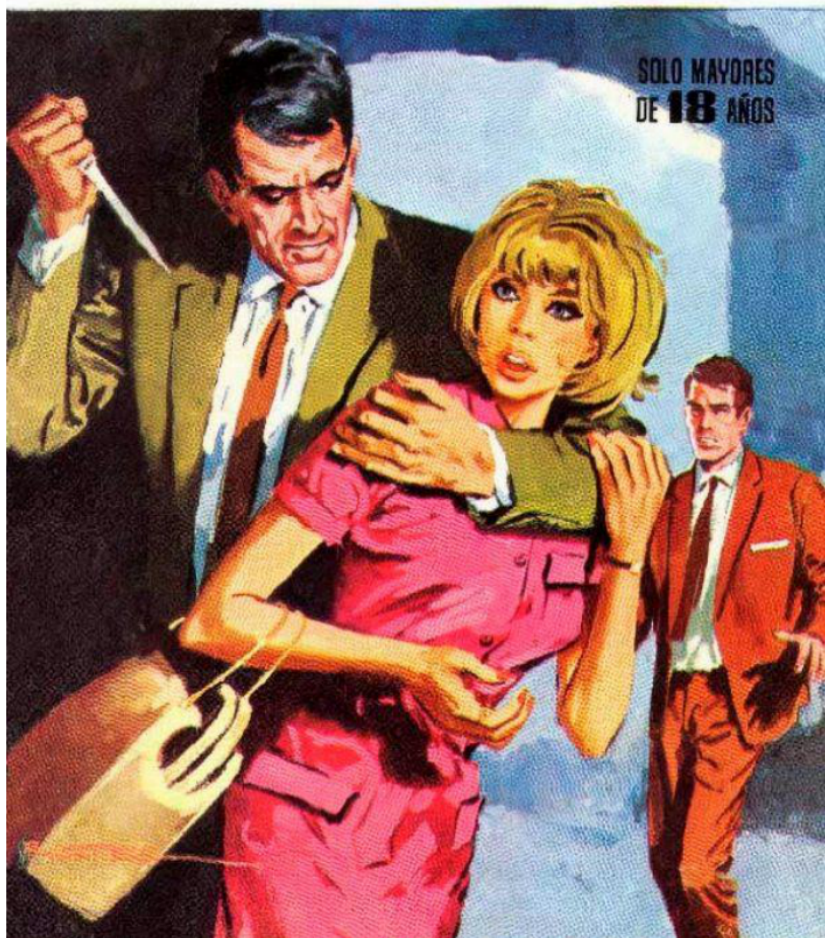
PUNTO

ROJO

ATAUD PARA UNA NOVIA

Silver Kane

SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

SILVER KANE

**ATAUD
PARA UNA NOVIA**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 837
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 9.986 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta colección: mayo, 1978

© Francisco Bruguera - 1960

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319.- El sheriff y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.441.- Mordieron su dulce piel.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736.- Infierno: Capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:

665.- Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.014.- Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

502.- Ni más ni menos que un hombre.

En Colección COLORADO:

637.- Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751.- Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

832.- Una fosa para cada señora.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

435.- Póquer de difuntos.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78.- Mariposas negras.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

15.- Un «Colt», una mujer y un diablo.

En Colección LA HUELLA:

80.- Manchas de sangre en los ojos.

En Colección BRAVO OESTE:

903.- Que el plomo te bendiga.

CAPÍTULO PRIMERO

Todo empezó con aquella pared que sonaba a hueco.

Stanley había bebido mucho *whisky* la noche anterior, y no tenía la cabeza clara. Había empezado a beber cuando tuvo que ir a la «Morgue» a identificar dos cadáveres. La identificación fue laboriosa y el forense le hizo reparar en una serie de detalles de éstos que vuelven el estómago al revés. A consecuencia de ello, Stan, en un momento de descanso, salió a comprarse una botella de *whisky* y empezó a beber.

Ahora, sin haber dormido, su cabeza parecía vacilarle sobre los hombros.

Pero aquella pared sonaba a hueco, no había duda.

Llamó a su compañero.

—Eh, Jim...

Jim era un poco más veterano que él. Se acercó después de revolver todos los cajones de una cómoda.

—¿Qué hay?

—Golpea suavemente esta pared.

Jim lo hizo. Sus facciones no se alteraron.

—¿Y qué? —preguntó.

—¿No crees que está hueca?

—A mí no me lo parece. Déjame probar otra vez.

Golpeó de nuevo, ahora más quedamente y empleando la culata de su pistola. Luego miró a Stan.

—En efecto, puede que aquí detrás haya un hueco, pero no estoy seguro. Llamaremos al viejo.

«El viejo» sólo tenía treinta y cinco años, pero a ellos, que únicamente contaban veintitrés, les parecía tan veterano como un jubilado. Le llamaron y se acercó, empleando los nudillos y golpeando atentamente varias veces, durante cinco o seis minutos.

—En efecto, yo diría que está hueco. Para salir de dudas

tendríamos que abrir un boquete en esa pared, pero el juez no nos daría licencia.

—A duras penas nos autorizó el registro —dijo Jim.

—Mucho menos permitiría que derribemos media casa.

—Si esperamos a conseguir el permiso, ese perro saldrá del país y se nos escapará de entre las manos —dijo Thomas, «el viejo», que era el jefe del grupo—. Yo me arriesgaría.

—Yo también —dijo Stan.

Thomas le miró con atención.

—O no has dormido o has bebido demasiado. Tienes las pupilas completamente rojas.

—Han sido las dos cosas, jefe.

—Está bien; telefona y pide que envíen dos hombres con material. Vamos a jugarlos todo a una carta.

Stanley telefoneó, solicitando a la Brigada dos hombres con el material necesario para abrir un gran boquete en una pared. Para telefonar tuvo que ir al despacho de la casa, una gran pieza amueblada al estilo funcional en la que continuamente entraban y salían los agentes, completando el registro.

Los dos hombres de la Brigada llegaron media hora después.

Se pusieron inmediatamente a trabajar y abrieron en la pared un pequeño boquete: No hizo falta más. Inmediatamente se descubrió que allí había un hueco, y dentro de éste se encontró el cuerpo descompuesto de una mujer muerta dos meses antes.

Pero esto fue solo el principio.

También fue a Stanley a quien se le ocurrió que convendría dragar el pequeño lago que había dentro de la casa, en el, jardín.

La verdad era que a nadie se le había ocurrido aquello, porque el lago era pequeño, sus aguas resultaban muy claras y desde la superficie se veía perfectamente el fondo.

Pero Stan, quizá a causa de su propia somnolencia, tenía esta mañana una extraña lucidez; tenía esa especie de facilidad en el pensamiento que tenemos durante los sueños, cuando todo nos parece al alcance de nuestra mente.

—Si yo fuera el jefe haría dragar esto —dijo a Thomas.

—¿Por qué? Se ve el fondo.

—Pero en el fondo hay una inmensa cantidad de barro. ¿Quién sabe lo que se puede ocultar un poco más abajo?

—El lago no puede ser mucho más profundo. Pongamos cuatro o cinco pulgadas a lo sumo.

—Yo creo que el barro es más espeso. ¿Por qué no probamos?

Al «viejo» no le importaban ya los permisos judiciales. Había descubierto lo bastante para no temer a nadie, de modo que inmediatamente solicitó una máquina para dragar el lago.

Los nuevos operarios llegaron al mediodía y se pusieron a trabajar inmediatamente, dragando con una moderna máquina todo el barro que había en el fondo. Thomas se asombró de que pudiera haber allí tanto, puesto que a medianoche el trabajo no estaba concluido aún. Stanley y los otros agentes jóvenes no se separaron de él un solo momento.

—Tanto barro no puede ser una cosa natural en un lago tan pequeño como ése —musitó Thomas—. No sé qué pensar.

—Yo sí —dijo Stan—. Sencillamente creo que alguien se ha entretenido en diversas ocasiones lanzando tierra al fondo. Tierra sacada de cualquier lugar del jardín y transportada hasta aquí con una carretilla. Con un largo palo, al cual se hubiera atado una madera lateral en forma de rastrillo, sería luego tarea fácil distribuir la tierra por el fondo. Y creo que si alguien hizo eso fue para que no encontráramos nunca lo que vamos a encontrar ahora.

En efecto, lo encontraron.

El hallazgo tuvo lugar una hora más tarde, bajo la luz blanca y espectral de los focos dispuestos en torno al lago. Era un cuerpo humano envuelto en barro y que apenas tenía ya forma. Cuando Stan tuvo que acercarse a aquel cuerpo y examinarlo, lamentó no llevar encima más *whisky*.

Era el cadáver de otra mujer.

Pero esto, según comprobó Stanley más tarde —mucho más tarde— era solamente el principio de su aventura.

Después de derribada media casa y dragado completamente el lago, el juez otorgó una licencia a la policía de San Francisco para que «abrieran un pequeño hueco en una pared, sin deteriorarla, e investigaran en el fondo del lago situado junto a la casa, empleando máquinas que no produjeran ningún desperfecto en los alrededores».

Todos rieron mucho cuando les fue entregada aquella licencia,

puesto que por el jardín parecía haber pasado una brigada de tanques.

—Nos hemos reído del juez, pero no podremos esquivar a los periodistas —dijo Thomas—. Habrá rueda esta tarde. ¿Quieres acompañarme, Stan? Tú fuiste quien hizo el primer descubrimiento.

—Diga que lo hizo usted. Yo no tengo el menor interés en ser un héroe de periódico de sucesos.

—Pero la verdad es la verdad, Stan. Te interesa acompañarme. Esto puede ser para ti el principio de una gran carrera.

Stanley, quien entonces —diciembre de 1950— sólo tenía veintitrés años y realizaba sus primeras misiones en la Brigada de Homicidios de San Francisco, lo creyó.

Pensó que aquél sería el principio de una fulminante carrera.

Se presentó al día siguiente, en compañía de Thomas, su jefe, a los periodistas reunidos en un hotel de la cadena Hilton. Las preguntas comenzaron inmediatamente, sin ninguna ceremonia:

—¿A quién pertenecía la casa?

—A un anticuario llamado Leo Kramer.

—¿Americano?

—No. Alemán nacionalizado.

—¿Por qué la registraron?

—Presentó una denuncia por desaparición de su esposa y creímos que no jugaba limpio —contestó esta vez Thomas.

—¿Incurrió en contradicciones?

—Sí.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Dijo que la última vez que la había visto llevaba un vestido que luego se comprobó estaba en un taller de tinte de la ciudad. Dijo también que se había llevado sus joyas, pero no supo describirlas exactamente. No tenía tampoco la menor idea de dónde podríamos encontrarla.

—¿Era ese motivo suficiente para sospechar?

—Supimos, además, que preparaba su salida del país y que había retirado importantes cantidades de sus cuentas corrientes bancarias.

—¿Por eso registraron su casa?

—Obtuvimos un mandamiento y no lo ejecutamos inmediatamente. Esperamos, por el contrario, a que Leo Kramer

saliera. Hicimos un registro en regla, y fue entonces cuando el agente Stanley descubrió que una de las paredes de la casa estaba hueca.

—¿Es muy antigua la casa?

—Siglo diecinueve, construcción sólida. Una mezcla de estilos, predominando un cierto tono siniestro y anticuado. El jardín, por ejemplo, descuidado y selvático, lleno de extraños rincones, no era propio de nuestra época. Las habitaciones empapeladas con arreglo a la moda de hace cincuenta años, tampoco.

—¿Cuántas habitaciones tiene esta casa?

—Unas quince, sin contar los servicios y los sótanos.

—¿Propiedad de Kramer?

—Sí.

—¿Desde cuándo la habitaba?

—Desde hacía cinco años.

—¿Nunca dio motivos para, sospechar?

—Nunca.

A cada nueva respuesta, el círculo de los periodistas se iba haciendo más y más estrecho.

—¿Han hecho ya la autopsia a los cadáveres?

—En lo posible, sí.

—¿A quiénes pertenecían?

—El primero, el que encontramos tras la pared, a una antigua modelo llamada Norma. El segundo, el que hallamos en el lago, a una dibujante de publicidad. Apenas habían tenido amistad con Kramer aproximadamente seis meses antes.

—¿Cuánto tiempo llevaban muertas?

—La del lago dos meses, y la de la pared apenas veinte días, aunque daba la sensación de llevar allí mucho tiempo.

—¿Cuál creen que fue el móvil de esos crímenes? ¿Eran ricas esas mujeres? ¿Pretendía heredarlas Kramer?

—No lo sabemos aún. Lo único cierto es que no eran ricas; creemos que no tenían un dólar.

—Entonces, ¿no era su esposa una de las víctimas?

—No.

—¿Dónde creen que está ahora?

—Lo ignoramos completamente.

—¿No estará muerta también, y no se habrá encontrado aún su

cadáver? —preguntó uno de los reporteros con expresión acusatoria.

—Es muy posible.

—¿Y qué piensan hacer?

—Seguir buscando, aunque ya con pocas esperanzas. Prácticamente en la casa no puede estar; la hemos dejado medio derruida.

—Entonces, si ella ha desaparecido voluntariamente, puede que sea también culpable.

—No es fácil —dijo Thomas—. Puede que descubriera algo y huyese dominada por el terror. Ésa es la hipótesis más lógica, puesto que no parece que Kramer, al huir, tuviera intención de llevársela consigo.

Uno de los periodistas más veteranos del grupo, avanzó un paso e insistió:

—¿Cuál fue el móvil de los crímenes? Eso es lo más importante de todo. ¿No tiene ninguna idea?

—Muchas —dijo Thomas—, aunque falta comprobarlas desde el principio. Lo único que puedo asegurarles es que... los dos cadáveres presentaban síntomas de radioactividad.

Hubo un extraño silencio después de estas palabras, silencio que ninguno de los hombres allí reunidos se atrevió a romper. Diríase que con sólo aquella aclaración «presentaban síntomas de radioactividad» los pensamientos de todos hubiesen tomado un rumbo distinto. La ambición, el odio, los celos, la envidia, el miedo, son motivos más o menos lógicos para cometer un crimen. Pero ¿qué hombre dominado por estos sentimientos mata por medio de radiaciones atómicas? ¿Qué torturado cerebro estaba detrás de todo aquello?

Otro de los periodistas preguntó:

—¿Edad de Leo Kramer?

—Cuarenta, años.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sabemos —reconoció francamente Stan.

—¿Qué han hecho para encontrarle?

Ahora fue Thomas quien respondió:

—Está movilizada toda la policía local, y hemos pedido ayuda a los Federales. Como de costumbre, los aeródromos, el puerto y

todas las carreteras, están estrechamente vigilados.

—¿Y la ciudad? ¿No han pensado que Kramer puede ocultarse en ella?

—Damos batidas continuamente. En este momento están controlados centenares de sospechosos. Nuestros agentes no dejan de investigar, en especial entre los anticuarios del Barrio Chino.

Las preguntas se fueron sucediendo, aunque ahora ya no eran tan rápidas ni tan certeras porque lo más interesante estaba dicho ya. Media hora después se disolvía la rueda de periodistas.

Stanley y su jefe, Thomas, quedaron solos en el vestíbulo y se dirigieron lentamente hacia el bar.

—Me temo que esto va a ser demasiado complicado —musitó Stanley—. Este caso tiene el aspecto de esos misterios que no se resuelven nunca...

Pero Stanley se equivocaba esta vez.

Cuando estaban en el bar, un agente llegó a toda prisa para informar a Thomas que Leo Kramer había sido acorralado en una casa situada en las afueras de San Francisco.

La casa no era una casa normal.

Una docena de reflectores la iluminaban por todos lados, haciendo brillar en la noche los limpios cristales, las persianillas verdes y las columnas blancas del porche estilo colonial que adornaba toda la parte delantera del edificio.

Encima de ese porche había un gran letrero blanco con letras rojas que decía:

«CENTRO DE RECUPERACIÓN FEMENINO DE LA ASISTENCIA PUBLICA»

Los cuarenta hombres armados que rodeaban la casa no se atrevían a atacar. Cuando Thomas y Stan llegaron se estaban instalando unos micrófonos para invitar a rendirse a Leo Kramer. Se esperaba también de un momento a otro llegase un cargamento de bombas lacrimógenas.

—Ese canalla... —balbució Thomas, mirando la casa.

—Ha querido refugiarse ahí, ¿eh? —susurró Stan masticando las palabras—. Lo ha considerado un sitio seguro...

—Sabe que no le atacaremos por miedo de dañar a las

muchachas.

—¿Qué significa exactamente eso de «Centro de Recuperación Femenino»?

—Muy sencillo. Aquí se reeducan las muchachas que trabajan en la industria y que han sufrido algún accidente manejando las máquinas. Muchas de ellas han sufrido heridas que las imposibilitan para usar sus brazos o piernas, por ejemplo, durante un largo tiempo. Luego hay que reeducarlas, hay que tomarlas como a niñas que tienen que aprender a andar. De ahí viene lo de «Centro de Recuperación Femenino».

Sonaban disparos de vez en cuando, todos procedentes de la misma ventana. Los policías, parapetados tras los coches, no respondían al fuego. Un agente uniformado se acercó arrastrándose hasta Thomas y Stan.

—Lo tenemos localizado, teniente.

—¿Dónde le encontraron?

—Dos patrulleros le dieron el alto cuando intentaba huir en su automóvil. Pudo llegar hasta ahí e inmediatamente fue acorralado. Ahora no tiene salida.

—¿De qué armas dispone?

—Probablemente de una sola pistola automática, con varios cargadores de repuesto. Pero está malgastando inútilmente sus municiones.

—¿Y... las muchachas?

Un hombre viejo, calvo, vestido con bata blanca manchada de barro, se acercó también a rastras hasta los tres hombres antes de que el policía pudiera contestar.

—¿Es usted el jefe de todos estos energúmenos? —preguntó mirando a Thomas.

—Uno de los jefes. ¿Por qué? ¿Quién es usted?

—El doctor Radford, del Centro de Recuperación. Un director. ¿No comprenden que si ese hombre continúa ahí va a matar a la chica que tiene prisionera?

—¿Es que sólo tiene una? ¿Y las otras?

—Hemos logrado sacarlas. Queda una solamente, una muchacha de quince años, llamada Nora. No ha podido huir porque tiene una lesión en la cadera.

Las facciones de Stanley se ensombrecieron, adquiriendo una

extraña tonalidad en la penumbra de la noche.

—¿La tiene prisionera?

—Se ha parapetado tras ella. Por eso no le importa estar en la ventana, disparando de vez en cuando. Sabe que si le atacamos podrá matarla.

—Cambiará de opinión cuando empiecen a lloverle bombas lacrimógenas.

En aquel momento, como si Kramer hubiese estado adivinando sus pensamientos, una voz llegando desde la casa advirtió:

—¡Sé que estáis preparando las bombas lacrimógenas! ¡Os advierto que a la primera que intentéis lanzar contra mí, acribillaré a la chica!

La voz de Kramer era irregular y demasiado chillona; voz de hombre que tiene miedo.

—Lo hará —dijo Thomas—. Es de esos tipos que no piensan. Empieza a dominarle/el pánico.

El doctor Radford entrecruzó los dedos nerviosamente, haciendo crujir los nudillos.

—¿Hay alguna posibilidad de que las primeras bombas lacrimógenas le hagan perder el conocimiento? —preguntó:

—No. Ninguna posibilidad.

—Entonces, Nora está perdida. La matará.

—Lo peor es que tampoco podemos alcanzarle con un disparo desde aquí, porque mataríamos nosotros a la muchacha. Pero no considero la situación tan difícil, ni mucho menos. Creo que se rendirá.

Por el altavoz, uno de los agentes conminó a Kramer a entregarse. Le prometió que estaría protegido, por la Ley si salía con los brazos en alto, dejando sana y salva a la muchacha. Pero si no se entregaba en seguida, o causaba el menor daño a la prisionera, le matarían como a un perro rabioso.

La única respuesta de Kramer fue un disparo que pasó rozando la cabeza del que hablaba.

Después de un par de minutos de silencio, el mismo agente hizo una segunda advertencia, diciendo que después de aquello no le darían la menor oportunidad, y que tirarían a matar desde el primer momento.

Kramer tampoco se entregó.

Por el contrario, hizo dos disparos más.

—¡Esa muchacha! —gimoteó el doctor Radford—. ¡Esa pobre muchacha...!

Thomas sudaba. A pesar de su experiencia, no sabía qué decisión tomar en aquel momento. Por eso se sorprendió tanto al ver una férrea decisión impresa en las facciones de Stanley.

—Que apaguen los focos —susurró el joven.

—Pero... Pero ¿qué pretendes?

—Ese tipo no matará a nadie más.

Stanley saltó hacia adelante, poniéndose al descubierto al ser su figura bañada por la luz blanca de los focos. Dos disparos retumbaron en la lejanía y las balas vinieron a clavarse a sus pies. El siguió corriendo en zigzag, con la pistola preparada.

Thomas aulló:

—¡Apagad los focos de esa parte! ¡Pronto!

Todos los reflectores de aquella zona se extinguieron inmediatamente, quedando funcionando solo los de la otra parte para deslumbrar a Kramer. Pero éste siguió disparando contra la zona en que suponía que su enemigo se estaba moviendo.

Tuvo suerte.

Una bala rozó la cabeza de Stanley, que sufrió un desvanecimiento y cayó a tierra. Pero desde allí podía oír los gemidos de la muchacha que estaba en los brazos de Kramer. Una especie de furor loco, algo así como una rabia homicida, le acometió de repente. Sintiendo la sangre resbalar por su cara, llegar hasta sus labios, saltó.

Oyó, como viniendo del otro mundo, la voz de Thomas.

—¡No seas loco! ¡La matará! ¡Si algo le ocurre a esa muchacha tú serás responsable!...

Stanley chocó contra la pared de la casa, mientras una bala arrancaba astillas a la madera de la fachada. Jadeando, sabiendo que quizá aquello sería lo último que hiciera en su vida, saltó por la ventana contigua a aquélla en que estaba Kramer.

Se trataba de la misma habitación.

Le vio frente a él, un poco encorvado, sosteniendo a la muchacha con el brazo izquierdo y empleándola como un parapeto. Kramer disparó otra vez, y Stanley sintió ahora la quemadura en una pierna. Sus labios escupieron una sola palabra:

—¡Cobarde!

Hizo fuego, pero la cabeza le daba vueltas. Lanzó una especie de grito al ver caer hacia adelante a la muchacha, al pensar que la había matado él. Pero no tuvo tiempo para pensar más porque Kramer acababa de quedar al descubierto. Una especie de gozo satánico se apoderó de él.

No había matado todavía a nadie. Aquél fue el primer muerto de su vida y de su carrera. Pero nunca hubiese supuesto que fuera tan fácil.

Vació en el cuerpo de Kramer todo el cargador. Lo vio retorcerse, acusar los impactos, gemir, convertirse en una cosa sin vida, blanda y fofa. Cuando ya no le quedaron balas, Stanley siguió apretando inútilmente el gatillo.

Luego perdió el conocimiento.

CAPÍTULO II

En la pared principal del despacho, detrás de la mesa, había un cuadro y dentro de ese cuadro un diploma en papel claro donde estaban impresas estas palabras: «Honor y lealtad».

El hombre se levantó de su sillón rotatorio, tapizado en piel, y se acercó unos pasos para contemplar aquel diploma.

Al levantarse pareció vacilar unos brevísimos segundos, como si su pierna derecha no le sostuviese bien y no se atreviera a cargar en ella el peso del cuerpo. Fue una vacilación que sólo unos ojos muy experimentados hubiesen advertido. Pero ésa era la huella dejada por una bala que aquel hombre recibió nueve años atrás.

Dio unos pasos por la habitación y dedicó unos minutos a contemplar los cuadros que la adornaban, cuadros en cada uno de los cuales había enmarcada una fotografía. La historia de los últimos nueve años estaba, en cierto modo, reflejada allí.

Un contingente de repatriados de Corea; otra del presidente Eisenhower saludando con un sombrero tejano durante su campaña electoral; una tercera de una prueba atómica en Las Vegas; otra, dedicada, de Arthur Miller y su esposa Marilyn Monroe en el día de su boda. A su lado una muy diferente, la de las exequias de Stalin, y por fin una última con una vista del Elíseo y del presidente De Gaulle.

El hombre encendió calmosamente un cigarrillo. Mientras le prendía fuego, se contempló en el reflejo de los cristales de una de las librerías.

«No he cambiado mucho», pensó.

En efecto, Stanley seguía teniendo el aspecto juvenil y atlético que tenía cuando saltó por una ventana para matar a Kramer, aunque quizá le faltaba aquella especie de despreocupación en los movimientos, aquella gracia que en otro tiempo hizo pensar a muchas mujeres, al cruzarse con él: «He aquí un hombre».

Ahora, a los treinta y tres años, sus hombros seguían siendo anchos y sus caderas estrechas, sus puños continuaban teniendo un poder demoledor, su barbilla era enérgica y sus ojos tenían una mirada gris, dura y penetrante, la misma mirada de decisión que habían tenido antes. Pero algo en él, sin embargo, había cambiado. Quizá era su expresión, más reflexiva ahora; quizá su mirada, a veces nostálgica, a veces desalentada, como si ya hubiera muy pocas cosas en esta vida en las que Stanley tuviera fe.

Algo había en él que hubiera hecho pensar a los que le conocieron en otro tiempo: «No es el mismo. En cierto modo ha muerto un poco».

Desde la ventana del despacho se divisaba una extensa panorámica de San Francisco, con la Golden Gate al fondo. Stanley se había instalado muy cerca del famoso Barrio Chino, en el centro de la zona de los negocios turbios de la ciudad. Se instaló allí porque no encontró otro sitio más barato y en mejores condiciones. Sus clientes, sin embargo, solían tener poco que ver con el mundo del crimen.

Banqueros que no se fiaban de sus corresponsales, negociantes que querían informes sobre sus socios, alguna novia que quería saber si su futuro marido iba a ser fiel... Éstos eran sus principales clientes.

El despacho olía a buena piel de las tapicerías, a maderas finas bien barnizadas, a libros nuevos con lujosas encuadernaciones. Tenía un «ambiente» que se captaba nada más entrar allí, pero Stanley no se sentía a gusto aquella tarde de excesiva calma.

Estaba pensando en salir y regresar a última hora cuando su secretaria abrió la puerta para anunciar:

—Desea verle un caballero llamado Pulker.

Diana, la secretaria, a pesar de llamarse como una de las heroínas de Paul Anka, era una muchacha discreta y gris, tan gris como el nombre que acababa de pronunciar, y que a Stanley le era completamente desconocido.

—¿Pulker? —preguntó.

—Eso me ha dicho. Viene con una señorita.

—¿Recuerda si tienen ficha?

—No. Creo que nunca han estado aquí.

Stanley aplastó su cigarrillo en un cenicero.

—Está bien; hágales pasar.

Los visitantes entraron. Stanley los recibió en el centro de la habitación tendiéndoles la mano. Ella era joven, alta, bien formada, y él la acompañaba tomándola por un brazo. Ambos llevaban gafas negras.

A Stanley, a primera vista, no le recordaron a nadie, quizá porque aquellas gafas tan oscuras alteraban un poco sus facciones.

—Siéntense, por favor.

Ambos lo hicieron. El hombre puso cortésmente, adelantándose al gesto de Stanley, uno de los sillones junto a las piernas de su acompañante, que se sentó y echó ligeramente la cabeza hacia atrás, como si se sintiera muy cansada. En cuanto al llamado Pulker se sentó a continuación, mirando de frente a Stanley desde el otro lado de la mesa.

—Espero que me haya reconocido —dijo sonriendo.

—Lo siento, pero no puedo precisar dónde le he visto antes, aunque su rostro me es familiar. ¿Hace mucho tiempo?

—Nueve años aproximadamente. Desde lo de Kramer.

Pulker se quitó entonces las gafas, sin que sus labios dejaran de estar separados por una estrecha sonrisa. En ese momento, al verle con claridad los ojos, Stanley lo recordó. Era uno de sus antiguos superiores en la Brigada de Homicidios. Pulker, quizá el mejor especialista en venenos que llevaba placa de policía. ¿Cómo no lo había reconocido antes?

Claro que no se habían visto en nueve años.

—Lo lamente —dijo Stanley con sinceridad—, debí acordarme de usted desde el primer momento, pero con gafas oscuras y... ¡después de tantos años sin encontrarnos! ¿Ha estado fuera de San Francisco?

—Fui destinado a un centro de instructores, en. Washington, y allí permanecí varios años.

—¿Cigarrillos?

—Bien, gracias.

Fumaron en silencio los dos, sin que Pulker se molestara en presentar a la mujer, dando la sensación de que para él no existía en aquel momento.

—No nos habíamos visto —dijo lentamente— desde que usted se retiró del servicio, después de lo de Kramer.

—Dirá más bien que fui retirado —sonrió tristemente Stanley—. Uno de los balazos que recibí no me permitía moverme bien, y parecía como si no fuese a curarme nunca. En vista de eso me indicaron discretamente que debía presentar mi dimisión, sin mucho papeleo, a cambio de grandes facilidades para poder establecerme como detective privado. Creí que era más conveniente eso que aceptar una triste pensión vitalicia.

—Hizo bien.

—A veces lo he lamentado, porque la vida no es fácil. Pero creo que ésa fue la solución más digna.

—¿Le dieron un diploma?

—Sí. «Honor y lealtad». Ahí está, para recordarme las dos cosas que nunca debe tener en cuenta un detective privado.

—¿Lleva muchos años establecido en este barrio?

—Casi ocho.

—¿Buenos clientes?

—Pocos, pero de cierta categoría. Casi todos los trabajos que hago son de tipo comercial. Cosas aburridas, carentes de la menor fantasía, y decorosamente pagadas: ésa es la única ventaja.

—Pero para un hombre tan joven como usted estos años han debido ser muy aburridos, Stanley.

—Lo han sido, no puedo negarlo.

—¿Por qué accedió tan pronto a retirarse? Pudo insistir y seguir unos cursos de readaptación; hubiesen tenido paciencia con usted, ya que la han tenido con otros. ¿Hubo algún motivo especial?

Stanley no contestó.

Fumaba pensativamente, mirando al techo.

Sus ojos estaban abiertos, muy quietos, casi como los de un cadáver. La luz gris que había en ellos era una luz mortecina y nostálgica.

—¿Fue por aquella muchacha? —interrogó suavemente Pulker.

—Sí.

—¿La que Kramer empleaba como parapeto?

—Sí.

Pulker dejó cansadamente su cigarrillo sobre el cenicero, mirando a Stanley.

—Pero ella no murió.

—No, aunque hubiese sido mejor.

—¿Era suya una de las bajas que se clavaron en su cuerpo, Stanley? La Policía no quiso hablar de eso, y yo llevaba entonces un asunto tan importante que tampoco me ocupé de averiguarlo.

—Sí, era mía —suspiró cansadamente él.

—Pero repito: ella no murió.

—¿Y qué? Quedó paralítica. Tuvo que moverse a partir de entonces en un sillón de ruedas. Tenía sólo catorce años y, sin embargo, el mundo dejó de existir para ella. ¿Le parece poco?

Pulker, indeciso, guardó un momento de silencio, como si no se atreviera a seguir con aquella conversación.

—¿No ha vuelto a verla? —preguntó al fin.

—No.

—¿Ni sabe dónde está?

Como guiado por un presentimiento, Stanley desvió entonces los ojos hacia la mujer que había venido con Pulker, creyendo por un instante que pudiera ser ella la lejana muchacha de que le hablaba. Pero no, no podía serle. Ésta cambiaba bien y tendría unos treinta y dos años, mientras que aquélla. —Nora era su nombre, lo recordaba bien— no podría tener ahora más de veinticuatro. Como avergonzado por aquella ridícula intuición, Stanley desvió la mirada.

—No, no sé dónde está —dijo—, aunque imagino que en algún centro para inválidos, como antes. Durante un par de años supe su paradero y le envié un regalo todos los meses, con nombre Supuesto. Debí averiguar quién se los enviaba y empezó a rechazarlos. Entonces lo dejé.

—Usted no tuvo la culpa de aquel balazo, Stanley.

—Le parecerá mentira, pero aún me parece oír la voz de Thomas, el que entonces era mi jefe, cuando me gritó: «Si algo le sucede a esa chica usted será el responsable...». Pensé que antes de saltar debí haber esperado a que trajeran las bombas lacrimógenas. En fin, hice todo lo contrario de lo que me habían enseñado a hacer: una solemne tontería.

—Pero acabó con Kramer...

—¿Y qué? —Se encogió de hombros Stanley—. Tal como estaba, acorralado en aquella casa, lo habríamos liquidado igual.

Pulker dio una última chupada a su cigarrillo antes de aplastarlo definitivamente sobre el cenicero.

—De un modo u otro, usted, Stanley, que tenía una brillante carrera ante sí, está ahora convertido en un detective privado no demasiado próspero. Lo siento, Stanley, lo siento de veras. Yo continúo aún, en la Policía, y no me va mal. Pero ocupémonos de lo importante.

Miró a la mujer, que continuaba quieta, rígida, con las gafas negras sobre sus ojos.

—La señorita Glender —presentó—, de veinte años.

Stanley hizo una leve inclinación de cabeza, satisfecho al fin de que ella pudiese intervenir en la conversación, pero sorprendido porque en realidad la mujer parecía mucho más vieja.

—Es un placer, señorita Glender. ¿Ha venido usted por algún motivo profesional?

—Sí.

La voz de ella era tensa, sin matices. Diríase que era la voz de una máquina, no la de una garganta humana.

—Sí, ha venido a verle por un motivo profesional • —dijo secamente Pulker, mientras cambiaba de pronto la expresión de su rostro—. *Miss Glender* tiene miedo de que la asesinen.

—¿De que la asesinen? —preguntó Stanley, con la voz despreocupada que siempre empleaba en estos casos—. ¿Y quién había de hacerlo?

Fue entonces cuando Pulker se inclinó hacia adelante y dijo bruscamente:

—*Miss Glender* tiene miedo de que la asesine alguien que ya murió.

CAPÍTULO III

Un barco de poco calado pasaba en aquel momento bajo el puente. El aullido de sus sirenas parecía llenar San Francisco viniendo desde la Golden Gate.

Aquel aullido lastimero, semejante al quejido de un moribundo, entró en el despacho también.

Stanley miró a la mujer, miró sus gafas profundamente negras y pensó de una manera extraña: «Es como si ya llevase luto por sí misma».

Pero aquella tensión cesó. De repente las palabras de Pulker le parecieron una solemne tontería. Sonrió, y otra vez su rostro volvió a adquirir una expresión despreocupada y alegre.

—Bueno —dijo—, es la primera vez que oigo una barbaridad semejante. Y perdone, Pulker, si hablo así.

—No me enfado. Al contrario, comprendo su reacción; yo al principio pensé lo mismo.

—Es innecesario que le diga que los muertos no matan a nadie. Para hablar más claramente: no entiendo a dónde quiere ir a parar.

Pulker se inclinó un poco hacia adelante, y sus dedos rozaron la mesa.

—Stanley, hemos venido a solicitar su ayuda.

—Gracias, pero antes de seguir adelante, ¿por qué no interviene la Policía en lo que sea? Usted es un gerifalte, Pulker. Puede hacer que se tomen el máximo interés.

—La Brigada lleva seis meses trabajando en esto, sin adelantar nada absolutamente. Todos han llegado a creer que son fantasías nuestras, y aunque no lo dicen, la situación ha llegado a ser muy molesta para mí. Por eso he decidido seguir la investigación privadamente, contando con su ayuda, ya que no puedo hacerlo todo.

—¿Por qué mi ayuda concretamente? ¿Por qué no ha recurrido a

otros detectives privados que tienen más fama y mejor organización?

—En parte por el precio —contestó francamente Pulker—. Sé que usted es un hombre de pretensiones más bien modestas, y *miss* Glender no es rica. También me ha decidido el hecho de conocerle y el saber que no tiene usted, más empleados que una secretaria. Eso hará, que el asunto no trascienda y que la gente no pueda comentarlo.

Stanley se dio por satisfecho con aquellas explicaciones.

—Está bien, Pulker, ¿por qué ha intervenido la policía? —preguntó.

—¿Cómo...?

—Quiero decir que aparentemente a *miss* Glender no la han asesinado todavía. Y para que la policía intervenga hace falta un principio de prueba, hace falta que un delito haya empezado por lo menos a iniciarse, o que se tema que de un momento a otro se iniciará. ¿Que es lo que ha empezado a sucederle a *miss* Glender?

Pulker la miró. La mujer continuaba quieta.

Dijo sencillamente:

—Quítate las gafas.

Ella las retiró poco a poco, con cansada lentitud.

Al retirarlas, se vio que tenía los párpados completamente bajados, cerrando los ojos. En cada uno de los párpados había una diminuta herida de color amoratado, como un pinchazo.

Stanley crispó, inmediatamente sus dedos sobre les brazos del sillón. No respiró siquiera. Sus dientes produjeron como un chasquido.

Ella abrió los ojos.

Éstos eran dos globos sin vida, opacos, parecidos a tristes bolas de cristal.

Volvió a oírse el rechinar de los dientes de Stanley.

—Hable —musitó.

—Fue hace seis meses —dijo Pulker, en lugar de ella—. Por eso intervino la policía.

—¿Cómo la hirieron?

—Con un punzón muy agudo. La persona o la bestia que la hirió conocía perfectamente lo que hay que hacer para dejar a uno ciego sin atravesarle el cráneo. Fue todo muy rápido, según dice ella.

Cerró los ojos, gritando de horror, y entonces le atravesaron los párpados. No tuvo ni tan siquiera tiempo de cubrirse los ojos con las manos.

Ella había vuelto a ponerse las gafas negras. De repente una espesa sombra parecía haberse aplastado sobre la habitación. Hasta ésta llegaban los mil ruidos de la calle, el bullicio casi tumultuario del cercano Barrio Chino, pero ninguna de las tres personas que estaban encerradas en el despacho parecía oír más ruido que el de su propia respiración.

Stanley sintió lo que había sentido nueve años antes, al ver a Kramer: una extraña fiebre, un loco deseo de matar. Supo que si ahora tuviese delante el cobarde que había hecho aquello le vaciaría un cargador en el cuerpo, como entonces hizo con Kramer.

Pero ¿por qué volvía aquella sensación lejana? ¿Por qué se acordaba de una cosa ocurrida nueve años atrás?

—¿Dónde ocurrió eso? —preguntó.

—En una casa de México Bulevar, el 25 de enero, a las once de la noche.

—¿Vivía usted allí? —preguntó Stanley, mirando directamente a la mujer.

—No.

—Entonces, ¿qué hacía en aquel lugar y a esa hora?

—Eso es lo extraño —dijo Pulker.

Stanley desvió su mirada.

—¿Extraño por qué?

—Ella sabía que allí iba a cometerse un crimen.

—¿Cómo lo sabía? ¿La advirtió alguien?

—No, nadie.

—Entonces...

—Lo adivinó.

La voz de Pulker era silbante, lenta. No estaba hablando en broma. Un hombre bien situado en la policía de San Francisco no habla en broma de asuntos así. Pero Stanley tuvo la impresión de que no comprendía nada y de que no lo comprendería nunca. Una extraña sensación, parecida al vértigo, se apoderó de él a pesar de toda su experiencia.

—Repita eso, Pulker.

—He dicho que lo adivinó.

—¿Sabe que sus palabras no tienen sentido? ¿Es acaso *miss* Glender una echadora de cartas? ¿Una de esas embaucadoras que aseguran adivinar el porvenir? No puedo creerlo.

—No lo es. Claro que no lo es.

—En tal caso...

Hizo un gesto con las manos, como queriendo indicar que las palabras eran innecesarias.

—Quizá me he expresado mal —suspiró Pulker—. En realidad, decir que ella lo adivinó es inexacto. Más bien deberíamos decir que lo recordó.

—Más absurdo todavía. ¿Cómo pudo ella recordar una cosa que aún no había sucedido?

—Está usted haciéndose las mismas reflexiones que se ha hecho la policía oficial, Stanley —suspiró Pulker con desaliento—. Comprendo que todo esto no tiene una explicación razonable ni clara. Si la tuviese, ¿habría dejado la policía de investigar este caso?

Encendió un cigarrillo, sin acordarse ni tan siquiera de invitar a Stan, y añadió:

—Cuando *miss* Paulina Glender vino a nosotros, o más exactamente cuando las visitamos en el hospital, tomamos sus declaraciones como las de una loca. Pero como había un hecho cierto, que era el de sus gravísima lesiones, investigamos desde el primer momento. Al cabo de tres meses no habíamos adelantado nada. Al cabo de cuatro, los agentes ya miraban este caso con una sensación de hastío y de ridículo. Al cabo de cinco yo era el único que me ocupaba seriamente de esto, y empezaron a llamarme loco. Transcurridos seis —es decir, ahora—, la situación se ha hecho tan insoportable que no he vacilado en acudir a un detective privado. Pero tenía la esperanza, Stanley, de que usted no se asombraría ante las mismas cosas que han causado el asombro de los demás.

—Me parece una esperanza un poco arriesgada. Hubo un instante de silencio, durante el cual Stan encendió también un cigarrillo, sin poder dominar del todo sus nervios.

Luego dijo:

—Me ha explicado antes que ella recordó.

—Exactamente.

—¿Qué es lo que recordó?

—Que ella tenía desde mucho tiempo atrás la intención de

cometer un crimen.

La nueva y asombrosa frase, dicha con la mayor tranquilidad, hizo rechinar de nuevo los dientes de Stanley.

—¿Ella iba a cometer un crimen?

—Sí.

—¿Eso fue lo que recordó?

—Exactamente.

—¿Y desde cuándo tenía...? ¿Cuánto tiempo hacía que *miss* Paulina Glender pensaba cometer ese crimen?

—Muchos años.

—¿Y de pronto recordó que tenía que hacerlo?

—Sí.

Ahora era ella la que había respondido. Y su voz, como antes, pareció surgir de una máquina y no de a garganta humana.

—¿Puede saberse a quién pensaba matar?

—No consigo precisarlo, a pesar de que eso me ha torturado durante días y días. Creo que pensaba matar a una mujer.

—¿A quién, concretamente?

—No lo sé.

Stan hizo un gesto de desaliento.

—Comprenda que me está ayudando muy poco.

—Lo sé, pero no puedo decir más de lo que digo. ¿Recuerda usted cuáles eran sus intenciones el día que cumplió quince años? Puede que algo tenga en la memoria, puede que logre unir tres o cuatro recuerdos coherentes. Pero no todos. Le sería imposible.

—¿Es que usted llevaba esa idea en el cerebro desde tanto tiempo atrás?

—Creo... que sí.

—¿Y por qué no decidió hacerlo en concreto hasta esa noche?

Ella se llevó la mano a la frente, como si algo le doliera allí, en lo más profundo de su cerebro.

—Porque esa noche recordé la intención que tenía. ¡Dios mío, fue todo tan extraño! Claro que yo no pensaba matar a nadie. Sé que me va a preguntar eso y me Adelanto a decírselo: no pensaba matar a nadie. Pero yo tenía el pensamiento lejano de que en aquella casa se iba a cometer un crimen, y de que yo participaría en él de una manera u otra. Por eso fui. Creo que me guiaba esa extraña fuerza que debe guiar a los sonámbulos. Llegué hasta allí y

entonces ocurrió todo.

—¿Cómo llegó? ¿La llevó alguien?

—Quiere saber si miento, ¿no? Pero los hechos son ciertos. Me llevó un taxi y luego, además, me encontraron allí.

Stanley tragó saliva lentamente.

—¿Qué ocurrió? ¿Puede decírmelo?

—La casa consta de una sola planta y tiene jardín. Entré en ella.

—¿Cómo entró? ¿Con qué llave?

—La puerta estaba abierta.

—¿Qué vio en el interior?

La voz adquirió otra vez un tono metálico para decir:

—Una mujer asesinada.

—¿Estaba... el asesino allí?

—Sólo vi su sombra. Entonces grité, cerrando los ojos. Sentí dos horribles pinchazos y perdí el conocimiento. Eso fue todo.

La mujer, después de esto, guardó un silencio duro, inquietante. Pulker remachó:

—La encontramos allí poco más tarde junto a la víctima. Pero hay algo más.

—¿Qué? —preguntó Stan, tensando un poco el cuerpo.

Pulker dijo:

—La casa donde ocurrió todo eso había pertenecido a Kramer.

CAPÍTULO IV

El cadáver estaba allí. Verlo causaba una sensación deprimente, casi horrible, porque continuaba dentro de la caja y porque en la amplia habitación el hedor era muy difícil de soportar, a pesar de los vapores de aldehído fórmico con que lo habían impregnado todo.

Stan encendió un cigarrillo, como habían hecho todos, y a las primeras bocanadas el hedor fue disminuyendo.

—Bueno, ahí lo tiene —susurró Pulker—. Creo que le ha acompañado la suerte.

Stan se acercó a la caja y contempló el rostro casi irreconocible de la mujer.

—¿Cuánto tiempo llevaba sepultada?

—Seis meses.

—¿Y por qué la han exhumado?

—Un pariente venido de Australia. Verá: era un tío de la víctima, que había sido su tutor en otro tiempo. Ganó mucho dinero en los desiertos australianos, creo que con una mina de oro. Hasta ahora no se ha enterado de que su sobrina murió asesinada en México Bulevar hace seis meses. Ha llegado a San Francisco y ha empezado a volverlo todo patas arriba, manejando los billetes de a cien dólares como si fueran monedas de diez centavos. La causa está provisionalmente sobreseída, como usted sabe. Ha pedido que se reanudaran las investigaciones desde el principio, es decir con una nueva autopsia. Lo curioso es que de momento va logrando lo que se propone. No entiendo cómo el juez ha autorizado esto.

Stanley miró mejor aquellos restos humanos depositados en el ataúd. En efecto, sacar de su tumba a un cadáver que lleva sólo seis meses allí es casi un crimen contra las leyes de la naturaleza. Tragó presurosamente el espeso humo de su cigarrillo y se retiró unos pasos.

—No creo que en esta nueva autopsia averigüen nada nuevo — dijo.

—Por supuesto que no. Ya la han hecho, y las causas de la muerte siguen establecidas igual que la primera vez. Esta mujer murió a causa de una punción profunda en el miocardio, realizada con un estilete o una aguja muy fina. Sobre eso no hay duda.

—¿El mismo estilete que dejó ciega a Paulina Glender?

—Es posible.

Stan dirigió al ataúd una última mirada.

—¿De modo que ésa era la mujer asesinada en México Bulevar y junto a la cual encontraron a Paulina Glender?

—Con los ojos ya atravesados, no lo olvide.

—No lo olvido, Pulker. Es muy difícil no recordar una cosa así.

Pasaron al despacho del forense, donde éste, después de maldecir varias veces el trabajo que le había caído en suerte, les entregó una copia del informe de la segunda autopsia.

Stanley fue a su despacho, tras despedirse de Pulker, y leyó el informe con tranquilidad.

No sacó ninguna nueva conclusión. La hora del crimen, la mecánica de la muerte, las características del arma empleada, todo estaba detallado con extraordinaria claridad, pero no le servía de gran cosa. Eran detalles publicados por la Prensa de seis meses atrás, y que él ya había repasado. Claro que todo esto era lógico. Al fin y al cabo, ¿qué va a sacarse de un cadáver que lleva seis meses bajo tierra?

Su secretaria entró con los periódicos de la tarde.

—Aquí está la Prensa. ¿Puedo marcharme?

—¿Marcharse? ¡Oh, sí, claro!

—¿Qué le ocurre? ¿Está preocupado por algo?

Llevaban algún tiempo juntos, y las largas horas de soledad en aquel despacho les habían dado cierta confianza. Stan no había pensado nunca en su secretaria como en una mujer bonita, y es posible que jamás se hubiera sentido atraído por ella. Pero le agradaba su compañía. Por eso murmuró:

—No... Es decir, llevo ahora un caso en el que no entiendo algunas cosas, pero creo que todo acabará marchando bien. ¿Dicen algo interesante los periódicos?

—Sólo los he ojeado por encima. Creo que nada, como siempre.

—Está bien, gracias. Puede marcharse.

Stanley quedó sólo de nuevo. Desdobló los periódicos y les dirigió una mirada superficial. Nada interesante. La guerra fría, los viajes de Kroutchev, los fracasos norteamericanos en Cabo Cañaveral y las posibilidades soviéticas de enviar pronto un hombre a la luna. Algunas noticias que años atrás hubieran parecido alucinantes, eran ahora casi aburridas. Stanley, dobló el último periódico. Quedó ante sus ojos la página donde estaban impresas las esquelas de defunción.

No las leía nunca porque no le gustaba enterarse de la gente que moría en San Francisco. Esta vez tampoco las leyó, pero sus ojos resbalaron inadvertidamente sobre un nombre: Tadeus Lombart, médico... Tadeus Lombart...

¿Qué le recordaba eso? ¿Dónde había leído antes aquel nombre, si es que lo había leído alguna vez? Miró los informes forenses que tenía sobre la mesa y allí encontró la explicación. Tadeus Lombart era el forense que había hecho la primera autopsia al cadáver que el vio aquella misma tarde. El cadáver de la mujer que fue hallada junto a Paulina Glender, aquella noche trágica e inexplicable, en México Bulevar. Leyó con atención la esquila, impulsado por un presentimiento. Pero Tadeus Lombart no había fallecido de muerte violenta, sino natural. Al menos así venía redactada la noticia.

Stan, de todos modos, tomó nota de la dirección y salió de su despacho.

Las calles próximas al Barrio Chino de San Francisco se iban iluminando. La animación crecía. En un bar abierto día y noche comenzaba a oírse unas viciosas melodías que parecían arrancadas de otra época.

Stan tomó su automóvil, aparcado una manzana más allá, y fue a poca velocidad hasta lo que había sido el domicilio del muerto.

Se trataba de una casa antigua, situada en Federation Place. Edificada en piedra y con unos porches muy españoles, parecía arrancada de la época de Joaquín Murrieta. Varios automóviles estaban estacionados allí, y de las grandes puertas salían y entraban personas continuamente.

No llamó la atención a nadie que Stanley también entrase. Sabía que en la casa no era conocido por persona alguna, y que no sería sencillo hacer preguntas. Presentarse como investigador privado

podría ayudarle, pero era un detalle de pésimo gusto. Prefirió pasar por una amistad profesional del difunto.

Se dirigió hacia la viuda, una señora de mediana edad que lloriqueaba en un rincón silenciosamente.

—Mi pésame, señora. Crea que lo he lamentado.

Ella no le miró apenas. Seguro que no conocía ni a la mitad de la gente que había desfilado por allí.

—Gracias —se limitó a decir.

—Ha debido ser una cosa tan inesperada...

Ahora sí que la mujer le miró con cierta curiosidad.

—¿Inesperada? ¡Oh, todo lo contrario! No sabe lo que hemos sufrido. ¡Tres meses de horrible lucha, sabiendo que al final no se salvaría!

—Lo comprendo. Quiero decir que ha debido ser inesperada la enfermedad —susurró Stan, después de morderse el labio inferior.

—Naturalmente. Nadie espera esas cosas. Mucha gente muere de cáncer, por desgracia... ¡Pero sufrir un cáncer de origen radioactivo él, que jamás había trabajado en nada que oliera a energía atómica!

Stan tuvo que morderse el labio inferior otra vez, pero ahora por distinta causa.

—Yo no le había visto desde hace unos tres años —musitó—. ¿Nunca trabajó en estudios atómicos?

—Nunca.

—Ya sé; sólo hacía autopsias. Eso era lo suyo. Pero es que uno a veces imagina... En fin, perdóneme. No sabe cómo siento lo ocurrido.

Se marchó sin ver el cadáver, atravesando otra vez los amplios porches de estilo español por los que seguía entrando gente.

Tomó su automóvil de nuevo y regresó a su oficina, que estaba solitaria y completamente a oscuras.

Con los periódicos todavía abiertos sobre la mesa, se puso a meditar. Tenía la cabeza echada hacia atrás, sobre el respaldo del asiento, y los ojos cerrados. Frente a él, en la oficina desierta, parecían moverse todas las sombras. «Algunas de ellas se acercará, se transformará en algo corpóreo y un punzón agudo se clavará en mi cuello», pensó maquinalmente, mientras le recorría una especie de escalofrío. Pero no se movió de aquella postura.

Las sombras parecieron seguir girando ante él, aunque ninguna

tomó realidad corpórea.

Todo parecía tan extraño, tan lejano... Aquellas dos remotas víctimas de Kramer, diez años atrás, presentaban síntomas de haber sufrido los efectos de la radioactividad. La mujer que fue hallada muerta en México Bulevar había sido estudiada por Tadeus Lombart después del crimen..., ¡y unos meses más tarde Tadeus Lombart moría a consecuencia de un cáncer de origen radioactivo! ¿Qué sentido tenía eso? ¿Y por qué...?

Stan abrió los ojos.

Por la ventana de su despacho entraba la luz rabiosamente coloreada de los anuncios, y las sombras parecían moverse más que nunca. Desde el estuario llegaba el sonido de las sirenas lejanas. Llevándose una mano a la frente, se puso en pie.

¿Qué tendría que ver lo de Kramer —un suceso ya olvidado— con aquel último crimen? ¿Por qué Paulina Glender había recordado que tenía que cometerse?

Una sensación de vértigo le había asaltado. Se hallaba ante lo incomprensible.

Extrajo de un pequeño armario una botella de *brandy* y otra de ginebra, mezcló en un vaso un buen chorro de cada una y lo bebió de un trago, aunque no por eso consiguió ver las cosas con más claridad.

Tomó los periódicos de aquella noche para arrojarlos a la papelera.

Pero aún sus ojos tenían que tropezar con dos noticias más, que lo cambiarían todo. Lo que se ha estado fraguando durante años se acumula a veces en una hora, y esa hora era la que parecía estar viviendo Stanley en esta extraña noche.

En uno de los periódicos había una fotografía. La fotografía de un lujoso ataúd.

Stan parpadeó.

Según decía la noticia, una muchacha había muerto de un ataque al corazón dos días antes de su boda. El novio era joyero. Desesperado, no sabiendo cómo rendir homenaje a la mujer que amaba, había adornado su ataúd él mismo, fundiendo para ello piezas de oro que valían una pequeña fortuna. El periódico daba la noticia como una curiosidad. El pie de la fotografía estaba impreso en letras rojas con este título:

ATAÚD PARA UNA NOVIA

¿Cómo no lo había visto antes?

Los dedos de Stan se crisparon sobre el papel durante unos largos segundos.

Bueno, ¿y qué? Aquello no significaba nada. Una noticia más o menos curiosa y más o menos triste, pero nada más. ¿O es que esta noche todo le iba a parecer significativo?

Pero algo le dominaba. Era como una oscura obsesión.

A Otra vez leyó los periódicos. No dejó una sola noticia por revisar, como si en cada una de ellas hubiese de hallar algo importante. Un presentimiento que no sabía explicarse le dominaba.

Sabía que iba a encontrar algo, y lo encontró en un anuncio. A veces los presentimientos son verdad. El anuncio decía:

Vendo colección de libros extranjeros por ausentarme a causa próximo matrimonio. También muebles auxiliares y pequeño ajuar. Urge. Presentarse High School de Wimbelten Fiat, preguntar Nora Rickett.

¡Nora Rickett! ¿No era aquélla la muchacha que nueve años atrás empleó Kramer como parapeto, poco antes de que él lo matara? ¿E iba a casarse? ¿De modo que ella, a la que no había vuelto a ver, era en estos momentos una novia?

CAPÍTULO V

El aeropuerto estaba muy vigilado. Puede que una persona cualquiera no lo hubiese advertido al primer golpe de vista, pero Stan se dio cuenta en seguida, con sólo poner los pies en el gran vestíbulo central.

El número de guardias de uniforme era ya extraordinario, pero resultaba exiguo si se le comparaba con el de agentes de paisano.

Stan conocía a muchos de ellos, incluso a algunos que ahora estaban en el F.B.I. Fingió no darse cuenta de su presencia, fue al bar y pidió un Martini mientras encendía un cigarrillo.

Había llegado hasta allí con mucha antelación, precisamente para observar si alguien acompañaba a Nora. Vio despegar tres aviones, y la vigilancia no disminuyó. Llegó entonces a la conclusión de que todos aquellos tipos estaban allí para vigilar o para proteger a alguien que iba en su mismo aparato, es decir el que hacía la travesía San Francisco-Honolulu-Manila-Honk-Kong.

Después de terminar el cigarrillo y el Martini fue a la cabina telefónica más cercana y llamó a su despacho.

—¿Diana...?

La voz de su secretaria le contestó:

—Diga, Stan.

—¿Ha habido alguna novedad?

—Sí. Acaba de presentarse aquí aquel antiguo conocido de usted, el señor Pulker. El que vino con la señora de gafas negras, ya recordará. Se ha puesto hecho una fiera cuando le he dicho que marchaba usted de viaje.

—Pero ¿no le ha dicho que era sólo por unos días y que estaría de regreso la semana próxima?

—Sí, claro que se lo he dicho. Pero compéndalo usted, Stan; no es lo mismo irse a Los Ángeles que irse a China, aunque sea en un reactor y para volver la semana próxima. El señor Pulker dice que le

ha ensañado usted, que ha abandonado su caso y que maldita sea la hora en que se le ocurrió confiarle nada, eso ha dicho.

—Bueno, de todos modos habré regresado la semana próxima.

—Stan...

—Dígame, Diana.

—¿Está seguro de no cometer una tontería? Ese viaje cuesta caro, y usted no anda muy sobrado de dinero. Supongo que tendrá algún motivo poderoso para hacer lo que hace, pero ¿está seguro de no seguir la pista falsa? ¿De verdad cree que no se equivoca?

—Gracias por su advertencia, pero hay algo peor que eso, Diana.

—¿Peor...?

—Sí. No tengo ninguna razón poderosa y no sigo ninguna pista. Simplemente, hace un par de noches creí adivinar una cosa y me dije: «He de ver si hay algo de cierto en esto».

—Por su propio bien le deseo que no se haya equivocado.

—Usted cree que esto es un error, ¿verdad?

—Sí.

—Imagino que tiene usted razón, Diana, pero en la vida hay que averiguar las cosas. Hasta dentro de una semana.

—¡No cuelgue, Stan! Oiga...

—¿Qué hay?

—Dígame qué es lo que he de hacer con todo lo que hemos averiguado este par de días sobre la señorita Nora Rickett. Ella también sale para

Hong-Kong,

me parece.

La frase había sido pronunciada con cierto retintín. Stan se mordió el labio inferior.

—ArchíVELO todo, Diana. Gracias.

Colgó porque en este momento, a través del cristal de la cabina, acababa de ver entrar a Nora.

Sus párpados temblaron un poco.

Cuando dos noches atrás leyó los periódicos y se dispuso a averiguar sobre Nora todo lo posible, para saber con quién iba a casarse y dónde, sus primeros pasos le llevaron al Instituto Gruck de Ciencias Médicas, del que ella era bibliotecaria. No pudo verla, pero sí obtuvo una fotografía. Esa fotografía era pálido reflejo de lo que ahora le mostraba la realidad.

Nora tendría en este momento unos veinticinco años, o sea siete u ocho menos que él. Era rubia, alta y no estaba delgadita. Más bien, según cuál era su postura, parecía en algunos momentos opulenta de formas. Vestía un conjunto azul azafata, llevaba colgado al hombro un bolso de viaje y avanzaba en línea recta hacia la puerta que estaba junto a la cabina.

Stan pensó maquinalmente: «Es de esas mujeres que sólo se ven una vez al año».

Nora pasó.

No quedaban vestigios de su anterior parálisis, la que le obligó a permanecer en aquella Escuela de Recuperación y quedar indefensa en los brazos de Kramer, cuando éste fue acorralado, y que luego se agravó con el balazo de Stan. Había cambiado tanto que hubiera sido imposible reconocerla, basándose sólo en la memoria. Claro que habían transcurrido nueve años. Stan fue tras ella, hacia la pista.

El día anterior había averiguado exactamente qué vuelo era el que iba a hacer Nora, y había conseguido un asiento junto al suyo. Iban a hacer, pues, un largo vuelo juntos y tendrían tiempo para hablar.

Los restantes pasajeros ya se habían congregado junto a la puerta de la pista. No eran muchos: tan sólo unos treinta. El multirreactor iría casi vacío, por lo menos hasta Honolulu. Stan maldijo esta circunstancia que iba a permitir a Nora cambiarse de asiento si le convenía.

Vio que los agentes de paisano se aproximaban también al grupo, vigilando discretamente.

Una rápida ojeada bastó a Stan para convencerse de que la persona a la que estaban protegiendo podía ser solamente una de las dos que se encontraban más cercanas a la puerta.

Una de esas personas era un tipo bajito, enclenque, con aspecto de ratón asustado, pero cuyos ojillos brillaban astutos al mirar en derredor suyo. Debía ser un correo diplomático, pues llevaba la cartera sujeta a la muñeca por una cadena.

La otra era una mujer de unos treinta y cinco años, muy bonita todavía, vestida con elegancia, y cuyo aspecto de intelectual la hacía destacar poderosamente de entre las otras mujeres, a excepción de Nora. Ésta no llevaba cartera ni nada que llamase la

atención, pero se deducía que los agentes la estaban protegiendo o vigilando a ella por el modo de mirarla.

Los otros pasajeros eran grises y anodinos, excepto dos.

El primero era un hindú con turbante y un maletín que llevaba fuertemente asido con la mano derecha.

El segundo un hombre de unos cuarenta años, fuerte, de aspecto astuto, cuyos ojos hacían pensar en los de un ave de presa.

Se daba la circunstancia de que Stan conocía al primero, al hindú. Era pagador de una sucursal del Banco de Calcuta en San Francisco. Hombre reflexivo y serio, de esos que viven siempre entre números y balances.

No pudo dedicar más atención a observarlos porque en aquel momento los altavoces anunciaron que los pasajeros del vuelo a Honolulu, Manila y

Hong-Kong

debían situarse en la pista.

Todos se dirigieron al colosal multirreactor y ocuparon sus asientos. Stan se dio cuenta de que la vigilancia cesaba en la escalerilla. ¿Era por el correo diplomático? ¿O por la mujer de aspecto intelectual que iba junto a él?

Se sentó al lado de Nora. Casi inmediatamente el avión empezó a maniobrar para situarse en la pista de despegue.

Stan fingió que desconocía todo lo referente a aviones y fue a encender un cigarrillo.

—No se puede fumar hasta que hayamos despegado —dijo amablemente Nora, antes de que la azafata le advirtiera—. Es peligroso.

—¡Oh, perdone! Nunca había viajado en avión.

—No tiene importancia. Es fácil confundirse.

Stan sonrió.

—Veo que he empezado con mal pie. En fin, para otra vez ya estaré advertido. ¿Va usted a Honolulu?

—No. Hasta

Hong-Kong.

—Una feliz casualidad. Yo también.

—¿Tiene familiares o negocios allí? —preguntó Nora sin interés, sólo por cortesía.

—Sí, una hermana. Va a contraer matrimonio.

—Entonces estamos unidos por más de una casualidad —dijo Nora—. Yo también me caso.

—¿Der verdad? ¿Y en Hong-Kong?

—Mi prometido trabaja allí, en una compañía de exportación e importación. He preferido que nos casemos allí porque yo no conozco China. Luego le darán otro destino y vendremos a vivir a San Francisco.

El gigantesco avión ya estaba despegando. Los edificios del aeródromo se veían cada vez más pequeños, más lejanos.

—Es curioso —murmuró ella reflexivamente—. Siempre que despeno en un avión pienso esto: del mismo medo que se empenqueñecen esos edificios, también nos empenqueñecemos nosotros. Dentro de unos minutos no seremos más que unos puntitos insignificantes dentro de otro punto un poco más grande, perdido en el azul. Y parece como si todo lo que dejamos en la tierra perdiera importancia.

—Certo —murmuró Stan aprovechando el giro de la conversación—. Pierden importancia nuestros amores, nuestros odios...

En vista de que ella, mirando por la ventanilla, no decía más, él preguntó:

—¿Ha odiado usted a alguien alguna vez?

Ella se volvió, mirándole pensativamente. Tenía una boca de labios gruesos, suaves, que temblaban como si esperaran que alguien los besase. Tenía los ojos azules, limpios.

—Sí —murmuró—, odio a alguien a quien no he vuelto a ver. ¿Ha oído usted hablar de un famoso asesino llamado Kramer?

—Sí —murmuró Stan, creyendo que ella añadiría a continuación: «Pues odio a Kramer porque ese monstruo me empleó como parapeto una vez, cuando le acorralaron». Pero en lugar de eso, Nora dijo:

—Odio al hombre que lo mató. No porque Kramer no mereciese la muerte, sino porque el hombre que acabó con él jugó mi vida además de la suya. Un tipo que sólo quería ascender y ser alguien, a costa de lo que fuese. ¡Un tipo que retrasó varios años mi curación! ¡Un ser despreciable al que abofetearía si volviese a tenerlo frente a mí!

—¿Champaña?

La azafata, sonriente, estaba frente a ellos, llevando en las manos una bandeja con copas.

Nora tomó una. Stan otra, aunque malditas las ganas que tenía de beber.

—¿Sobre dónde volamos? —preguntó Nora.

—Estamos a la altura de las Hawai. Dentro de unos quince minutos aterrizaremos en Honolulu.

—Gracias.

Bebieron en silencio. Nora susurró:

—Cuánto tiempo llevábamos sin hablamos, ¿verdad?

—¡Ejem! Mucho. Yo diría que unas horas.

—Parece que se ha quedado muy serio cuando le he dicho que odiaba a una determinada persona. Perdone. Comprendo que no debiera haber hablado de una cosa tan desagradable.

—¡Oh, al contrario! No he preguntado más porque he temido ser indiscreto.

—No lo es. Ni tan siquiera me ha preguntado cómo me llamo. Ni yo a usted tampoco, claro.

—Mi nombre es Stanley.

Aquello no pareció decir nada a la muchacha.

—Y el mío Nora. Nora Rickett. Soy bibliotecaria en la Fundación médica. ¿Y usted? ¿A qué se dedica?

—Soy... fabricante de tejidos.

—Muy interesante, sobre todo para las señoras. Nora rió, tratando de mostrarse amable.

En aquel momento el avión comenzó a perder velocidad para posarse en el aeródromo.

Y ocurrieron dos cosas.

La primera fue que un avión de caza norteamericano pasó muy cerca, haciendo evoluciones como si estuviera de pruebas. Se acercó y se alejó un par de veces y luego terminó por perderse de vista.

La segunda cosa fue que de la cabina de los pilotos surgió un hombre que sin duda había hecho allí todo el viaje y que no llevaba el uniforme de la Compañía Aérea.

Stan lo reconoció a la primera ojeada. Sabueso a la vista. Era uno de sus antiguos compañeros, que ahora estaba en el F.B.I.

El otro también lo reconoció. Se acercó sonriente a él.

—¡Hola, Stan! ¡Demonios, cómo has cambiado! Ahora pareces un señor. ¿Sabes que no te había visto desde que te retiraste de la Policía, poco después de liquidar a Kramer?

El ruido que hizo Stan al tragar saliva debió oírse desde bastante distancia. Nora volvió la cabeza hacia él, sus ojos llamearon y fue a levantarse inmediatamente para cambiar de asiento.

En aquel momento la voz de la azafata advertía:

—Señores pasajeros, dos disponemos a aterrizar en Honolulu. Por favor, apaguen sus cigarrillos. Abróchense los cinturones...

Después de una escala brevísima, de apenas diez minutos, volvían a estar en el aire.

El del F.B.I., había confiado en el oído de Stan que estaba allí para una protección, aunque sin señalar a quién protegía. En cuanto a Nora, había permanecido callada, quieta, con todos los nervios tensos, hasta que pudo desabrocharse el cinturón. Entonces cambió ostensiblemente de asiento.

Pero no se encontraba lo bastante alejada de Stan. Éste la observaba a intervalos. Entre ambos estaban la mujer de aspecto intelectual, el hombre de los ojos astutos, que se había situado junto a ella, y el hindú con el maletín inmóvil sobre sus rodillas.

El correo diplomático se hallaba solo, sentado en la parte de cola del avión, con sus ojillos de ratón paseando vigilantes sobre los restantes pasajeros.

Nora, molesta, con todos los nervios en tensión, se puso en pie y caminó hacia el bar que estaba instalado en la zona de cola.

Seguramente pensó que Stan no se atrevería a seguirla, pero Stan se atrevió.

Se encontraron en la puerta.

—Nora...

—Si vuelve a acercarse a mi soy capaz de pegarle dos bofetadas. —La voz de la mujer era silbante—. Puedo hacerlo, no crea que soy una pobre muchacha tímida. Déjeme en paz o...

—¿Ni siquiera le interesa saber por qué hago yo también este viaje?

—Me ha contado ya una mentira. No tengo ninguna necesidad de oír otra.

La azafata, a unos pasos de distancia, debía escucharlo todo, pero guardaba una actitud discreta.

—Esta vez no voy a mentir.

—Muy bien, diga lo que sea. Pero no crea que sus palabras me van a hacer el menor efecto.

En aquel momento, a través de la ventanilla del departamento bar, vieron otra vez al caza norteamericano.

Era un último modelo, un reactor de los que sólo empiezan a moverse bien cuando han atravesado la barrera del sonido. Stan lo miró con recelo, con cierta sensación de sospecha, no sabía bien por qué. Quizá porque el caza se había acercado a ellos bastante más de lo que permiten los reglamentos internacionales. Notó que la azafata también estaba inquieta, aunque trataba de disimularlo.

De pronto el caza hizo una brusca maniobra. Rechinaron los dientes de Stan cuando gritaba:

—¡Tírense al suelo!

El mismo dio un empujón a Nora, cubriéndola con su cuerpo. Las balas atravesaron el fuselaje y rozaron sus cuerpos, perdiéndose en el aire por el otro lado del avión. El caza hizo otra maniobra, preparándose para un segundo ataque.

En las cabinas de pasajeros se escucharon gritos.

Una nueva ráfaga debió alcanzar ahora los motores. El cielo estaba despejado y se encontraban completamente a merced del caza, pero la situación era tan absurda que ni aun en mitad del sueño más delirante hubieran podido los pasajeros imaginarla.

¡Un caza yanqui estaba atacando a mansalva a un avión comercial de su propio país! ¡Estaba enviando a sus propios compatriotas al infierno!

Nora gritó:

—¡Dios mío! ¡Es imposible, imposible...!

Los gritos aumentaban y, seguramente, había alguna víctima. Se oyó la voz del comandante del avión que advertía a través de los altavoces:

—Tengan calma... ¡Calma, por favor! El avión no ha sido averiado y nos mantenemos normalmente en vuelo... Es seguro que el ataque obedece a un monstruoso error... Intentamos comunicar por radio con el avión atacante para identificarnos... Calma... No volverá a disparar...

Desmintiendo estas palabras, una nueva ráfaga atravesó el multirreactor, y esta vez se vieron brotar llamas de uno de los

motores. Los gritos y la confusión aumentaron en las cabinas de pasajeros, mientras Stan protegía con su cuerpo a Nora y a la azafata, que instintivamente también había ido a colocarse junto a él.

Una de las balas le pasó tan cerca que le arrancó un pedazo de tela de la manga izquierda.

La azafata sollozaba.

—Es increíble...

—No tanto —musitó Stan—. No quieren derribar el avión, sino matar a un pasajero determinado. Y han elegido esta forma brutal de asesinato.

—¡Pero es un caza de nuestro país...!

—Vaya usted a saber quién lo pilota.

Las llamas se estaban comiendo ya parte del ala derecha, y la situación era desesperada. Se oyó otra vez, por los altavoces, la voz del comandante, ronca por la emoción.

—¡Sujeten sus cinturones, por favor! ¡Hemos sido tocados y vamos a amarar! ¡Encojan todo lo posible las rodillas y cúbranse la cabeza con los brazos, pronto!

En aquel momento el agente del F.B.I., que antes había hablado con Stan penetró tambaleándose. Llevaba en la mano su revólver calibre 38, aunque no se veía para qué podía servirle en aquellos momentos. En su rostro desencajado había una expresión de pasmo.

—¡Quieren liquidar al correo diplomático! —rugió—. ¡El correo diplomático!

Ése era, pues, el tipo al que estaba encargado de proteger, el mismo que custodiaban en el aeródromo. No protegían a la mujer de aspecto intelectual, aunque se lo había parecido. Gritó:

—¡Cúbrale con su cuerpo!

En aquel momento el caza dio una última pasada. Stanley vio tambalearse al federal de una manera trágica. Sus manos parecieron arañar el aire e inmediatamente se llevó las manos al pecho, donde en pocos segundos había aparecido una espantosa mancha roja.

A pesar de que el caza atacante llevaba únicamente balas normales de ametralladoras, una sola de ellas bastaba para destrozarse a un hombre.

El federal cayó, y en el vaivén del aparato empezó a rodar por el suelo, de un lado a otro, como un tronco que se fuese impregnando

de sangre.

En una de las sacudidas chocó con Nora Rickett, que contuvo una angustiada exclamación de horror.

El avión se lanzaba hacia el mar como una centella.

Sin duda los pilotos querían zafarse por el momento de la acometida del caza, y a unos mil metros de altura enderezar el morro e intentar planear suavemente. El ala convertida en una antorcha era un elemento desfavorable, pero en cambio el mar estaba en calma y se encontraban muy cerca de las Hawai, desde donde podrían recibir ayuda.

Ésta llegó mucho antes de lo que pensaban, porque el S.O.S., del avión comercial atrajo a una escuadrilla naval que realizaba maniobras. La escuadrilla, compuesta de cinco reactores, atacó sin vacilar al caza a pesar de ver que era yanqui. Un minuto después el avión asesino estaba convertido en una antorcha.

Empezaron a planear, pese a que las sacudidas del gigantesco aparato eran cada vez más peligrosas.

La azafata, chocando contra todas las paredes, se puso en pie y corrió hacia el departamento-cocina, donde empezó a sacar chalecos salvavidas de uno de los armarios que parecían empotrados en el fuselaje. Stan y Nora la ayudaron. Bruscamente parecían haberlo olvidado todo para pensar tan sólo en salvar sus vidas y las vidas de los demás.

Empezaron a distribuir los chalecos cuando el avión ya estaba tan sólo a unos quinientos metros sobre el agua. En la lejanía, dos pesqueros se acercaban a toda la velocidad de sus máquinas.

Stanley se olvidó de ponerse su propio chaleco salvavidas.

Un pensamiento le obsesionaba.

¿Por qué había ocurrido aquello? ¿Por qué?

El avión atacante se había desintegrado ya sobre las olas. Los de la escuadrilla se habían precipitado a destruirlo, sin pensar que hubiera sido mil veces mejor capturar al piloto vivo.

Como una pesadilla, las imágenes de otro tiempo lejano pasaban veloces por la mente de Stanley.

La mujer emparedada en la casa de Kramer. La que fue hallada en el lago. El cadáver que había visto en compañía de Pulker. Y ahora esto, este ataque increíble sobre las aguas del Pacífico. ¿Qué relación había entre una cosa y otra? ¿Qué nexo unían, por

ejemplo, los párpados horriblemente atravesados de Paulina Glender y este asesinato en masa bajo el sol oceánico? Quizá nunca lo sabría.

Cuatro muertos rodaban de un lado a otro por el suelo del avión. Stan vio que seguían con vida la bonita mujer de aspecto intelectual, el hindú, el correo diplomático y el tipo corpulento de los ojos astutos.

Se oyó nuevamente la voz del comandante a través de los altavoces, que funcionaban todavía:

—¡Cuidado! ¡Vamos a amarar!

Un choque terrible los envió a unos contra otros en el primer momento. Los cristales del avión se rompieron y el agua entró por ellos como un alud. Stan, que había logrado conservar un difícil equilibrio, sujetó a Nora, quien estaba al borde del K.O., impidiendo que cayera y se ahogase en el agua que ya llenaba la mitad del aparato.

Bruscamente éste se estabilizó, y empezó a flotar sobre el agua como un gran pájaro herido. Stan vio que, de todos modos, el amaraje no había sido tan feliz como deseaban. Dos nuevos cadáveres ensangrentados flotaban dentro del avión, sobre el agua.

Nora se recuperó casi inmediatamente, y se dio cuenta de que, gracias a los brazos de Stan, no se había abierto la cabeza chocando contra el fuselaje.

—Gracias —dijo sencillamente.

Stan se limitó a decir:

—Lo de Kramer no lo hice para ascender.

Ella le miró. Pareció por un extraño momento como si en el avión, como si en el mundo, estuvieran solos los dos. De repente el aire pareció llenarse con el mugido de las sirenas de los pesqueros, que se acercaban.

—Creo que por esta vez nos salvaremos —musitó Stan—, pero todo habrá quedado igual.

—No entiendo... ¿Qué es lo que habrá quedado igual?

—Lo que hace que Kramer pueda matar después de haber muerto.

Nora tuvo un estremecimiento que recorrió todo su cuerpo. No era frío, no era miedo. Diríase que era estupor.

—Kramer murió —dijo—. Yo vi su cadáver y sentí el choque de

las balas en su cuerpo.

—Y yo fui el que lo mató. No, no hay duda de su muerte... —La voz de Stan era extraña, lejana—. Pero ¿qué extrañas leyes han tenido que ponerse en movimiento para que un muerto pueda matar?

CAPÍTULO VI

Recogidos por los pesqueros, fueron llevados a Honolulu, donde desembarcaron una hora más tarde.

Era el atardecer. El puerto hervía de turistas millonarios que volvían de gozar de las delicias de la platea de Waikiki. Muchos soldados paseando entre ellos daban la sensación de que el servicio militar en aquellas islas era como unas vacaciones pagadas. Cuando desembarcaron se produjo un movimiento general de curiosidad, pero inmediatamente fueron cargados en furgonetas y transportados al hospital; adonde la Policía llegó momentos después para iniciar los interrogatorios.

Stanley, que no había sufrido heridas, fue uno de los primeros en pasar a presencia de un agente de paisano, acompañado de un oficial de las Fuerzas Aéreas.

—Cuente lo que sucedió —le rogaron.

Stanley lo explicó todo con pocas palabras.

—¿Sabría reconocer en este catálogo el tipo de avión quedés atacó?

—Estoy seguro.

—Véalo, por favor.

Stan entendía de Aviación. Sólo tuvo que echar una ojeada al catálogo para señalar el tipo de aparato.

—Éste.

—Concuerda con lo que los pilotos han dicho. Se precipitaron al derribarlo, sin tener en cuenta que nos hubiera interesado capturar vivo al tipo que lo manejaba.

—¿Tienen ya alguna idea?

—Por lo pronto que el avión fue robado de la base de San Diego, la cual había dado ya la alarma desde varias horas antes de que a ustedes les atacaran. No hay ningún indicio acerca de la identidad del ladrón, puesto que su cuerpo se abrasó en el aparato y luego se

desintegró casi completamente al chocar con el agua.

—Parecerá cruel, pero no lo siento.

—Nosotros tampoco. Puede retirarse, y si necesita algo no vacile en pedirlo. Tenemos el máximo interés en que todos ustedes estén bien atendidos y no haya nuevas víctimas. ¿Sabe que hemos puesto un cable llamando desde los Estados Unidos a varios eminentes especialistas?

—Son ustedes muy previsores. ¿Cuándo podremos seguir viaje?

—Los que estén en disposición de hacerlo saldrán esta misma noche, aunque antes se les someterá a una nueva revisión médica.

—Me parece una excelente idea. Otra vez, gracias.

—Oiga una cosa...

—¿Qué hay?

—No dejaremos acercarse a los periodistas, pero si alguno llegara a colarse no hagan declaraciones. Este asunto tiene que llevarse absolutamente en secreto hasta que logremos averiguar quién robó el avión militar de la base de San Diego.

—No es difícil llevarse un avión de una zona militar norteamericana —opinó Stan—. A veces al personal de la base no lo vigila nadie, y es sencillo subir a un reactor so pretexto de revisar los mandos. Pero, de todos modos, no se preocupen; por mi parte, no diré nada a los periodistas, ni aquí ni en

Hong-Kong.

Buenas tardes.

Estuvieron hasta la noche en casi absoluta incomunicación, sin facilidades para hablarse ni siquiera unos con otros. Stan, fumando cigarrillo tras cigarrillo, pensaba en los últimos acontecimientos y pensaba al mismo tiempo en Nora, aunque sin poder llegar a ninguna conclusión. La muchacha pasó dos veces por delante de él, al ir y venir de la revisión médica, pero no le dirigió una sola mirada.

Por la noche, los pasajeros que habían resultado ilesos partieron hacia Manila y

Hong-Kong.

Como eran sólo siete, los distribuyeron en un avión bimotor de tipo medio y aún sobró mucho espacio. Pudieron situarse cada uno junto a una ventanilla, quedando, entre ellos varios asientos por ocupar. Nora se colocó bien lejos de Stan, y éste no hizo ningún

esfuerzo por aproximarse a ella. Pero a veces se encontraron sus miradas, sabiendo que un invisible hilo les unía a los dos.

La escala en Manila duró media hora. Todos los pasajeros fueron al bar, aunque no hablaron entre sí, como si recelasen unos de otros. Stan los observó atentamente.

Iban ahora la mujer de aspecto intelectual, el hindú con su inseparable maletín, el tipo ancho de facciones toscas, Nora, Stan, y dos individuos bien vestidos, con ese aspecto entre fino y acanallado que tienen muchos hombres de negocios. Seguramente se preguntaban todos cuál de los supervivientes tenía la culpa de que el avión hubiera sido atacado; por eso quizá no se hablaban y se miraban recelosamente unos a otros, como en una muda acusación.

Mediada la noche partieron de Manila y antes del medio día siguiente avistaban sin novedad el puerto de Hong-Kong.

La ciudad, que se eleva bruscamente desde el puerto, montando sobre las colinas, causa desde la distancia una sensación de ciudad casi europea, y algunos de sus aspectos recuerdan en cierto modo a Génova. Pero desde su interior se advierte que

Hong-Kong

sigue siendo una ciudad completamente oriental, y que aunque sus calles sean europeas su alma es asiática. Situada en una de las encrucijadas de Oriente, lo más selecto y al mismo tiempo lo más podrido del espionaje internacional se reúne allí. El hampa más selecta y la más depravada tiene en

Hong-Kong

uno de sus seguros cuarteles. La frontera con la China roja, que parece una de las más cerradas del mundo, es en realidad un coladero por donde, a pesar de todas las vigilancias, se deslizan los hombres, secretos militares, mercancías prohibidas y hasta cadáveres que interesa hacer desaparecer de la bien custodiada colonia inglesa.

Cuando descendieron en el aeródromo, y mientras caminaban hacia la Aduana, Stan se dirigió nuevamente a Nora.

—¿Cuánto tiempo estará en

Hong-Kong?

Ella le miró con sus limpios ojos, donde sin embargo, ardía

ahora una llamita de desprecio.

—Creo que ayer me salvó usted la vida —dijo Nora lentamente —; no obstante, hace diez, años estuvo a punto de robármela. ¿No le parece que hemos quedado en paz? ¿Qué derecho tiene a hacerme preguntas?

—Ninguno.

—Entonces, buenos días, señor Stanley.

—Muy bien, supongamos que me marchó ahora y que no volvemos a vernos. Eso, supongo, sería lo lógico y lo deseable para usted. Pero ¿ha pensado que alguien puede tener interés en matarla? ¿Se ha dado cuenta de que tal vez el ataque contra el avión fue dirigido solamente contra usted?

—Si lo que pretende es que yo tenga toda la vida un cargo sobre la conciencia, lo está haciendo muy bien. ¿Cree que yo soy responsable de todas esas muertes? ¿Cree que de haber sabido que alguien quería matarme hubiese tomado un avión?

—No pretendo acusarla. Expongo sólo una posibilidad.

—¿Y qué tiene usted que ver con esa posibilidad? ¿A usted qué le importa lo que pueda sucederme?

—Me importa.

—¿Es que ha venido hasta

Hong-Kong

solo porque yo he venido también? Necesitaría estar loco.

—Puede que lo esté.

Llegaban ya al edificio de la Aduana. El sol, un extraño sol asiático, color blanco, caía a plomo sobre sus cabezas descubiertas. Stan tuvo que entrecerrar los ojos cuando dijo:

—Imagine que estoy loco. Imagine que soy uno de esos tipos que tienen presentimientos raros, no saben por qué. E imagine que uno de esos presentimientos es que usted va a morir.

Nora Rickett se mordió los labios bruscamente.

—A nadie le gusta que le hablen de que va a morir, sobre todo si uno es joven.

—A mí me hace menos gracia que a usted.

Pasaron rápidamente ante los oficiales de Aduana, sin que sus maletas fueran abiertas. Los ingleses, como de costumbre, se fiaban de la declaración de los pasajeros. Fuera del aeropuerto aguardaban varios taxis.

—¿No ha venido a esperarle su prometido?

—Hemos llegado a una hora distinta de la prevista. Y no me he atrevido a ponerle un cable, porque no sabía cuándo llegaríamos con ese viejo cacharro. Pero le podré encontrar fácilmente, no se preocupe.

—No pretendo imponerle mi compañía.

Ella fue a subir a un taxi. Mientras Stan le sostenía la portezuela le miró, y hubo entonces en sus ojos azules como una sombra de miedo.

—¿Imagina usted con frecuencia esas cosas, Stanley? ¿Imagina que la gente va a morir?

—Supongamos que sí.

—¿Y... la gente muere?

—Algunas veces.

—¿Qué... es lo que ha imaginado que me esperaba a mí en Hong-Kong?

Stanley dijo sencillamente:

—Un ataúd.

Y cerró la portezuela del coche.

La calle donde Nora fue a parar era medio oriental medio europea, y había en ella muchos almacenes y numeroso tráfico rodado, sobre todo compuesto por camionetas de transporte. Algunos feos y sólidos edificios, contruidos seguramente cincuenta años atrás, se alzaban entre los almacenes. Aunque estaban bien conservados y ofrecían la sensación de confortables, sus fachadas demasiado sólidas daban una maciza tristeza a la calle.

El taxi de Nora se detuvo ante uno de esos edificios, y la muchacha descendió.

Stan, que la iba siguiendo, pidió al taxista que se detuviera discretamente al principio de la calle.

—¿Hay algún hotel por aquí? —preguntó.

—Sí, muy cerca, pero no sé si acabará de gustarle. Tiene cocina oriental.

—No importa; lléveme allí.

El hotel resultó ser bastante grande y ruidoso, a pesar de que se llamaba «Albergue de la Gran Serenidad».

Stan se había hecho comprar ropas nuevas en Honolulu, como

casi todos los restantes pasajeros. Los equipajes en general se habían perdido, excepto algún pequeño maletín. De modo que se limitó a ducharse y a vestirse luego la misma ropa, pensando que ya compraría otra de repuesto en el mismo

Hong-Kong.

Comió en el mismo hotel. La cocina, aunque oriental, no le pareció demasiado extraña. Había logrado ocupar un sitio junto a una ventana, desde la cual se divisaba el edificio en el que había entrado Nora. No se movió de allí durante bastante rato, fumando varios cigarrillos. De pronto, hacia las cuatro de la tarde, vio que Nora salía con un hombre. Montaron los dos en un viejo «Ford Anglia» que estaba aparcado en las cercanías.

Stan descendió apresuradamente y consiguió estar en la calle cuando el automóvil, después de maniobrar, pasaba frente al hotel.

Tomó un taxi.

—Siga a ese coche discretamente todo el tiempo que sea necesario —pidió al conductor—. Habrá una buena propina.

El conductor era chino, y demostró ser hábil y paciente. En realidad, lo que hicieron Nora y el hombre que la acompañaba fue visitar

Hong-Kong,

Innumerables veces se detuvieron en lugares típicos, descendieron al puerto y luego se remontaron hasta los miradores que dominaban la ciudad, entraron en un par de establecimientos y, por fin, al anochecer, fueron a cenar a un restaurante. Stan necesitó armarse de paciencia muchas veces en interminables esperas, puesto que además no podía acercarse a ellos para no ser visto. Lo único que consiguió, cuando ellos entraron en el restaurante a cenar, fue situar el taxi inmediatamente detrás del «Ford Anglia». De este modo confiaba en oír algunas de sus palabras, cuando saliesen.

Lo consiguió. Una hora más tarde, cuando Nora y su acompañante aparecieron, él tenía los cristales de la ventanilla bajados y estaba atento al menor ruido sumido en la oscuridad del interior del coche. Las palabras de Nora, llegaron claramente hasta él:

—¿A dónde vamos ahora, Steve? ¿No crees que ha llegado el momento de que busquemos un hotel para mí?

—Ni soñarlo. Te he preparado habitación en casa.

—Pero eso es incorrecto, Steve... No podemos todavía...

Stanley oyó la risa del hombre, una risa un poco dura y carente de alegría.

—No tengas miedo de las murmuraciones;

Hong-Kong

es una ciudad muy liberal. Pero además no habrá motivos, porque en aquella casa viven cerca de diez personas, desde el portero a los almacenistas. Y durante el día hay allí más de cien. Es un edificio comercial un poco feo, pero estarás perfectamente allí hasta pasado mañana, cuando nos casemos. Si es que puedo resistir estos dos días junto a una maravilla como tú...

Ella rió. Pero Stanley hubiera jurado que también reía sin ganas. Y a pesar de eso la risa le hirió en lo más profundo del corazón.

El hombre terminó de abrir la puerta con su llave, y ambos pasaron al interior del coche.

Stan dijo al taxista:

—Lléveme al sitio donde le he tomado. Pero tiene que estar allí inmediatamente, antes de que ese coche llegue.

El taxista demostró que también sabía correr cuando era necesario. Llegaron junto al «Albergue de la Gran Serenidad» en un tiempo increíblemente corto.

Stan pagó con generosidad al conductor y se dirigió inmediatamente al edificio de donde antes habían salido Nora y su prometido. Había en él varias puertas metálicas y una más pequeña, que se arriesgó a tratar de abrir con una llave maestra. Si alguien estaba detrás de aquella puerta tendría pelea cuando abriese. Pero por fortuna para él no había nadie; el edificio daba la sensación de estar vacío.

Logró abrir la puerta y cerrarla de nuevo cuando ya el «Ford Anglia» se detenía frente a la casa.

Stan se encontró en un pequeño y húmedo vestíbulo donde nacían unas escaleras. Como no tenía más remedio que alejarse de allí, las subió apresuradamente. En el primer rellano, había dos puertas y sólo una bombilla que dejaba a los lados espesas zonas de sombra. Stan se ocultó en una de ellas, disminuyendo incluso la respiración y pensando que si encendían alguna otra luz no tendría más remedio que atacar para defender su vida.

En lugar de lo que esperaba, sonó un timbre en las

interioridades de la casa. Steve, por lo visto, no abría directamente. Arriba se oyó el mudo de una puerta y alguien empezó a descender las escaleras.

Stanley contuvo completamente la respiración.

Un chino vestido a la manera clásica de su país, pasó junto a él, casi rozándole, sin advertir su presencia. Llegó a la planta baja y abrió la puerta. Las figuras de Nora y Steve se recortaron en el umbral.

—Bienvenidos a esta humilde casa —dijo el criado chino en correcto inglés—. Espero que la estancia de la señorita aquí sea tan agradable como el mismo momento de su boda.

Steve presentó:

—Es Lu Yen, el encargado general de los almacenes.

Nora le tendió la mano.

—Gracias, Lu Yen.

Entraron. Steve subió primero las escaleras, que ahogaban el ruido de los pies como si sus peldaños fueran de algodón. Ya antes, Stanley se había fijado en él, diciéndose que era un hombre no demasiado guapo, pero sí joven y corpulento. Ahora advirtió que debía ser poseedor de una enorme fuerza. Subía lentamente, balanceando un poco los brazos, como un gorila.

Stanley se dio cuenta entonces de que en mitad de la escalera había un conmutador de la luz.

El hombre casi lo rozó con sus dedos. «Ha llegado el momento de actuar», pensó Stanley, mientras tensaba todo el cuerpo. Pero el prometido de Nora se encogió al fin de hombros y no encendió la luz.

Nora y Lu Yen iban tras él.

—Después de tantas peripecias durante el viaje, ¿sabes qué me dijo uno de mis compañeros, Steve?

—¿Qué?

Ella volvió a reír, pero siempre con una nota de nerviosa tristeza.

—Que aquí iba a encontrarme con mi ataúd.

—Debía ser un compañero muy poco agradable —dijo Steve volviéndose ligeramente—. ¡Vaya tontería!

Junto a una de las puertas que había en el vestíbulo, Lu Yen se despidió con una reverencia. Steve le dijo en inglés que iban a

tomar unas copas y le pidió ordenase a una sirvienta que repasara el dormitorio de Nora.

El chino desapareció sigilosamente, como tragado por las sombras.

Y Steve abrió entonces la puerta que estaba más alejada de Stanley, encendiendo la luz del interior e invitando a pasar a Nora.

De pronto ésta lanzó un gemido sordo, entrecortado, un grito tan angustioso que ni siquiera tuvo fuerzas para brotar plenamente de la garganta femenina.

Stanley, movido por un súbito impulso, saltó silenciosamente para colocarse detrás de ambos, protegido aún por las sombras.

La habitación era de paredes desnudas, cuadrada, fría, sin un solo mueble.

Únicamente en el centro había algo. Algo que era lo que había hecho gemir entrecortadamente a Nora.

Un ataúd.

CAPÍTULO VII

Ella tuvo un movimiento instintivo de retroceso, mientras se llevaba una mano a la boca con un mudo gesto de horror.

Stanley pensó que su prometido iba a atacarla ahora. Sus presentimientos, sus temores, iban a ser verdad. Movi6 los puños y se dispuso a intervenir, arqueando todos los poderosos m6sculos de su cuerpo.

Pero lo que sucedió a continuaci6n lo dejó tan at6nito como lo que acababa de suceder. Fue algo parecido a lo que ocurre en los sueños, al creer tener algo entre las manos y de repente se esfuma. Lo que hizo Steve a continuaci6n no tuvo, aparentemente, la menor l6gica. Puso cara de contrariedad y mir6 a Nora, como disculpándose.

—Lo siento —dijo—; veo que soy un mal psic6logo y que no sirvo para enseñarte el pa6s.

Nora le mir6 con los ojos muy abiertos.

—No... te comprendo.

—China es un pa6s de bruscos contrastes, y yo quer6a que t6 misma te convencieses de ello. Pero lo he hecho todo mal.

—¿Es que t6 sab6as que estaba aqu6... ese ataúd?

—Claro que lo sab6a.

—¿Y por qu6 me lo has enseñado?

—Porque esto es China. La China aut6ntica, la que nos deja a cada momento mudos por la sorpresa.

—No veo qu6 sentido pueden tener tus palabras. —Nora se hab6a tranquilizado algo—. ¿Qu6 hace ah6 ese ataúd?

—Es el regalo que entre todos hemos hecho al jefe.

—¿Es que... le hab6is regalado... eso?

—Pues claro que s6. En China es muy natural.

—No te entiendo. Cree que con gusto me caer6a al suelo, si supiera que luego me iba a levantar.

El hizo un gesto suave con la mano derecha.

—¡Pero si es muy sencillo, Nora! Los chinos, en cuanto reúnen una mediana fortuna y pasan de los cuarenta años, sienten un especial interés por poseer hermoso ataúd, dentro del cual serán enterrados cuando mueran. Nuestro jefe no lo tenía aún, y entre dos hemos hecho lo posible para regalárselo.

—Lo encuentro de pésimo gusto.

—Puede, pero es una de las más antiguas costumbres chinas. Y yo he querido que entrases en ella de na manera contundente, como cuando un pintor retira bruscamente el lienzo que cubre su tela. Pero veo pie me he equivocado. Cree que lo siento.

Nora ya parecía del todo tranquila, aunque diríase que aún temblaban nerviosamente sus dedos.

—Bueno, Steve, si toda China es así habrá que tener un corazón muy fuerte para conocerla. Confieso que me has dado un buen susto, pero una vez pasado todo, cosa no deja de tener gracia.

—¿Quieres ver mejor ese ataúd?

—No. ¿Para qué? Es, aproximadamente, como los nuestros, aunque un poco más adornado.

—De todos modos al jefe no le gusta.

—Pues sí que debe tener humor. ¿Qué más da uno que otro?

—Los chinos son muy meticulosos en estas cosas. Guardan sus ataúdes años y años y los adornan con los objetos más diversos. Si el que poseen no les gusta, sufren mucho por esa causa.

—¡Vaya costumbre! No lo comprendo.

—Ya te habituarías a esas cosas si vivieras mucho tiempo aquí. Claro que las viejas tradiciones chinas se van perdiendo en la zona comunista, pero aquí siguen vivas. Hong-Kong es una ciudad extraña, llena de misterios para los occidentales.

Bruscamente apagó la luz, cuando ya Stanley se retiraba a la zona de sombras.

—Entremos en esa otra habitación —dijo—. Te prometo que ahí no hay ninguna otra sorpresa. Tomaremos unas copas.

—Te lo agradezco, Steve, pero estoy tan cansada...

—Mañana podrás dormir hasta el mediodía, si te place, y por la tarde saldremos de compras. Para que estés tranquila, te aseguro además que ese ataúd va a seguir aquí muy poco tiempo. Mañana por la mañana lo devolveremos, vendrán a recogerlo.

—Parecerá una tontería, pero la verdad es que me sentiré más a gusto —dijo en voz baja Nora.

—Me estoy dando cuenta de que salir de China va a ser una especie de liberación para ti.

—Quizá me tomes por una niña asustadiza, pero te aseguro que tengo ganas de volver a los Estados Unidos.

—No me extraña; al principio a mí también me ocurrió lo mismo. Me sentía aquí incómodo, a disgusto; era un mundo extraño para mí. Luego me he ido habituando; todas estas cosas me parecen naturales.

Stanley se sintió incómodo en su rincón de sombras, diciéndose que estaba de más allí. No iba a ocurrir nada; Nora no necesitaba que la protegiesen. Incluso puede que se desarrollara allí una escena sentimental que a él le crisparía los nervios.

—De todos modos —estaba diciendo el prometido de Nora—, pronto volveremos a los Estados Unidos. Y entonces te parecerá que aquí has dejado algo de tu vida.

Quizá esta frase fue profética. En todo caso lo que sucedió a continuación pareció significarlo así. Nora iba a dejar allí no sólo algo de su vida, sino su vida entera.

La otra puerta se abrió, al girar el pomo Steve. La habitación resultó estar iluminada, y un chorro de luz cayó sobre sus figuras al girar la puerta. Dentro había dos hombres.

Stanley quedó parcialmente descubierto por el chorro de luz, pero en el primer momento nadie se fijó en él. Steve y los dos hombres que había en el interior de la habitación quedaron pendientes, durante unas fracciones de segundos, del rostro de estupor de Nora.

Ésta lanzó un gemido, al comprender instantáneamente que los dos hombres estaban allí con consentimiento de Steve. Y el gemido se convirtió en un estertor al ver que los dos desconocidos avanzaban hacia ella.

Eran dos verdaderos gigantes, con esas facciones acanalladas que sólo pueden encontrarse de una forma perfecta en los muelles de Oriente. No se hubiera podido decir a primera vista si eran chinos o blancos; probablemente en su sangre había una mezcla de razas. Vestían ropas de marino y sus manos duras y rugosas avanzaban ya hacia la garganta de Nora.

Ésta intentó retroceder, y en ese momento Steve le cortó la retirada.

—¡Acabad pronto! —Silabeó—. ¡Tiene que estar en el ataúd en seguida! ¡Por los infiernos, no dejéis que esto dure!

—¡No tienes nervios ni para esto! —Gruñó uno de los que estaban dentro de la habitación.

Y su derecha se cerró ya sobre la garganta de Nora, que había quedado completamente acorralada.

En ese momento Stanley entró en acción.

Comprendió que no le interesaba hacer ruido, pues si empleaba la pistola podía atraer a nuevos enemigos que estuvieran en algún otro lugar de la casa. Sólo podía confiar en sus puños, y a ellos encomendó el trabajo.

El tipo que estaba sujetando ya la garganta de Nora, sintió de repente que un par de garfios se aferraban a su brazo derecho. Ésa fue al menos la sensación que tuvo; como si se le hubieran clavado hierros en la piel. Cuando salió volteado y chocó contra una de las paredes, se dio cuenta de que el que le había lanzado por los aires era un hombre. En su rostro se marcó una mueca de estupor.

Sin dar tiempo a sus enemigos para que reaccionaran, Stan descargó su puño derecho contra el estómago del segundo desconocido. Y cuando el otro se inclinó, con un movimiento reflejo, le descargó los dos puños unidos sobre la nuca, haciéndole caer al suelo completamente exánime.

Steve, en el umbral, había sacado un revólver.

Lo levantó instantáneamente y se dispuso a disparar.

Stanley no dejó de darse cuenta de que su éxito inicial lo debía a la sorpresa, pues los tres hombres debieron tener la sensación de que se enfrentaban con un fantasma surgido de las sombras. Pero ahora las cosas iban a ser distintas. Ahora, vencida la sorpresa, brotarían las armas y él tendría que enfrentarse sólo con tres hombres.

Levantando vertiginosamente una pierna, logró desviar con el pie el revólver de Steve en el momento en que éste disparaba. La detonación retumbó como un trueno en toda la casa, y la bala fue a clavarse en una de las paredes.

Antes de que Steve pudiera disparar de nuevo, Stanley sacó también su pistola, que montó con un seco y veloz movimiento.

Durante unas fracciones de segundo los dos hombres se miraron, a punto de disparar. Y la vida fue del que tuvo más serenidad para apretar el gatillo y lanzarse a tierra en el momento preciso. En Stanley todo eso resultó instantáneo; su enemigo fue menos rápido.

La bala de Steve se perdió también en una de las paredes, mientras la de Stanley, que había disparado mientras hacía una especie de pirueta, se clavaba en el centro exacto de su corazón. Nora lanzó un grito de horror al ver a su prometido caer con una mancha roja en el pecho.

Pero Stanley no tuvo tiempo para dedicarlo a la muchacha.

El tipo a quien había derribado en primer lugar se había repuesto ya de la sorpresa, y sacaba en este momento de uno de sus bolsillos una pistola chata tipo «Browning». El del mazazo a la nuca, un tipo de resistencia increíble, daba señales de vida también.

Stanley creyó que tenía ventaja y que debía intentar cazar vivos a sus enemigos. Gritó:

—¡Soltad las armas o tendré que acribillaros a los dos!

Había visto que el del mazazo a la nuca sacaba también un revólver. Y durante unos brevísimos segundos pareció como si los dos hombres fuesen a obedecer.

Pero en ese momento se oyeron las pisadas de alguien que bajaba apresuradamente las escaleras.

Los dos asesinos creyeron que ésta era su oportunidad. Intentaron apretar los gatillos.

Pero Stanley estaba acostumbrado a luchar contra más de un enemigo a la vez. Su puntería había sido infalible a los veinte años, y seguía siéndolo a los treinta. Con dos suaves movimientos, su pistola envió dos balas mortales a los cráneos de sus enemigos.

Nora no gritó esta vez, ni siquiera cuando dos horribles botones rojos aparecieron en la frente de los dos hombres. Sus ojos obsesionados miraban ahora hacia lo alto de la escalera, donde seguían oyéndose los pasos.

Eran al menos dos hombres los que bajaban. Stanley corrió hacia la puerta y dio un empujón a Nora para sacarla de la zona de peligro.

—¡Salta! —gritó.

Ella se dio cuenta de la situación, y con toda su agilidad saltó escalera abajo, cayendo y logrando sujetarse a la barandilla en el

último momento. Lo hizo a tiempo, porque dos balas se clavaron instantáneamente en el panel de pared en que ella antes se apoyaba.

Eran, en efecto, dos tipos los que descendían por la escalera. Stanley reconoció a Lu Yen y a otro chino vestido como él. Los dos, a pesar de su atuendo oriental, llevaban modernas pistolas americanas.

Lanzaron un grito al ver a Stanley.

Los ángulos de tiro eran difíciles, pero aun así dispararon todos a la vez. Stanley logró que los dos chinos retrocedieran un par de peldaños mientras silbaban las balas. El aprovechó el instante para saltar como in gamo hacia el sitio donde estaba Nora.

—¡Pronto! ¡Abajo!

Corrieron los dos, aunque Stan retrocedía de espaldas, haciendo fuego de cobertura. Había notado que Nora se confiaba instintivamente a él, y esto le llenaba de una extraña y alegre energía. Pero no dejaba de comprender que tenía que vivir hasta llegar por lo menos a la calle, pues si la muchacha quedaba dentro el edificio estaría irremisiblemente perdida.

Los dos orientales hicieron un desesperado esfuerzo por alcanzarle, antes de que él llegase a la puerta. Lu Yen se puso a tiro, y Stanley lo derribó de un balazo, aunque el impacto no fue mortal. Mientras tanto; Nora intentaba hacer girar nerviosamente el pomo.

Dos veces lo intentó, y dos veces sus manos inhábiles no acertaron con el movimiento necesario. A la tercera, mientras Stanley disparaba de nuevo, la puerta se abrió.

A la tranquila calle no debía haber llegado el eco de los disparos, porque no se apreciaba la menor señal de alarma.

En todo lo que los ojos podían abarcar, las aceras estaban desiertas.

—Nos alcanzarán —susurró Nora—. Ellos conocen todo esto...

—Aún no nos han atrapado.

Delante mismo de la puerta, precisamente, estaba la oportunidad. El «Ford Anglia» seguía allí. Stan fue a abrir la portezuela y recordó entonces que no tenía las llaves de contacto.

Debían estar sobre el cadáver de Steve, y no podía ir a buscarlas. Tampoco le quedaba tiempo para conectar los hilos y hacer un «puente», de modo que el automóvil arrancara.

Pero la calle formaba una marcada pendiente, y esa pendiente se

unía a otras. Aún no estaba perdida la oportunidad.

De un estuche axilar que Stan siempre llevaba con las herramientas más útiles, extrajo un corto y fuerte tubo de acero hueco, en el cual introdujo la manivela de la puerta. Con la barra pudo hacer palanca, y toda la cerradura saltó destrozada.

Un truco de ladrón de coches que muchas veces le había sido útil, y ahora más que nunca.

Saltó al interior, y Nora le imitó. Con una fantástica rapidez soltó el freno de mano, desembragó y sacó la primera, que estaba metida para que el coche no pudiera irse cuesta abajo. Movidas por el peso del ventrículo las ruedas empezaron a girar, primero con suavidad, y luego rápidamente, declive abajo, hasta que Stan pudo doblar la primera esquina con un lento movimiento de volante.

Nadie disparó contra ellos, seguramente porque a sus perseguidores les pareció demasiado peligroso emplear armas de fuego en la misma calle. Pero Stan y Nora sabían que la extraña aventura no había hecho más que empezar. Sabían que la muerte iba con ellos.

CAPÍTULO VIII

Stan no guardó la pistola en la funda axilar, junto al pequeño estuche de las herramientas, sino que la introdujo entre la camisa y el pantalón, de modo que pudiera sacarla mucho más fácilmente. No le gustaba aquel modo achulado de llevar el arma, propio de la gente del hampa. Pero no dejaba de reconocer que el sistema tenía la ventaja de la rapidez.

Nora, con los ojos entrecerrados, le miraba hacer. Había recobrado la serenidad, pero en sus labios había como un dibujo inquietante. Era igual que si aún temiese volver a vivir las alucinantes escenas de apenas una hora antes.

Stan, que había hecho subir a la habitación una botella de *brandy*, otra de ginebra y otra de seltz, junto con una jarrita llena de cubitos de hielo, preparó sin hablar dos combinados de esos que hacen pensar en un camión de trilita. Tendió un vaso a Nora y bebieron en silencio, sin notar al parecer la fuerza de la bebida.

Al cabo de unos instantes él preguntó:

—¿Qué te parece este hotel? ¿Crees que te sentirás segura aquí?

—Al menos el ambiente es europeo y eso siempre tranquiliza. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—Volveré al «Albergue de la Gran Serenidad», pagaré la cuenta y daré un vistazo al edificio de donde hemos logrado salir vivos. Luego regresaré aquí y dormiré en la habitación contigua.

Terminó de un sorbo el contenido de su vaso, pasándose luego secamente el dorso de la mano por los labios. Observó que ella, quien no le había preguntado nada hasta entonces, dejándose llevar, comenzaba a reaccionar poco a poco.

—Todo esto ha sido muy extraño —dijo Nora en un susurro—. Casi increíble. No tiene sentido nada de lo que acaba de ocurrir, ni lo del avión, ni lo de Steve, ni tu presencia aquí, yendo detrás mío como si supieras que iba a morir... ¿Por qué? ¿Es que hay alguna

explicación para todo esto?

—Tiene que haberla —dijo sombríamente Stan.

—Pero ¿y en este momento? ¿Qué es lo que podemos explicarnos? Nada. Ni siquiera podrías decirme por qué me has seguido hasta aquí.

—Por un presentimiento.

—Eso no tiene sentido.

—¿Lo tiene algo de lo que ha ocurrido? —preguntó él encogiéndose de hombros—. Todo es muy extraño, y, sin embargo, está unido por un hilo que en determinados momentos me parece ver ante mis oídos con una nítida claridad. ¿Quieres que intentemos poner en orden esto?

—Hazlo, si es que eres capaz de explicar una sola cosa de las que han sucedido.

—Hace diez años yo maté a Kramer —explicó Stan, con una voz lejana—. Tú fuiste la última persona viva que estuvo junto a él.

—De acuerdo, ¿y qué?

—Seguiremos yendo por partes. Kramer era perseguido como asesino de dos mujeres que fueron halladas en circunstancias muy macabras y extraordinarias. Una, emparedada detrás de un muro hueco. Otra, en el fondo de un lago. La esposa de Kramer había desaparecido.

—También sé eso, naturalmente. ¿Y qué relación hay entre una cosa y otra?

—Hasta el momento pura casualidad. Kramer comete dos crímenes, es perseguido y acorralado y emplea cobardemente como parapeto una muchacha paralítica. Fuiste tú, pero igualmente pudo ser otra; hasta este momento las circunstancias no tienen nada de particular.

—Excepto que después de aquello tuviste que convertirte en un detective privado.

—Así fue. Ahora ya me muevo perfectamente, pero durante bastantes años he tenido que reeducar mi pierna herida. En esas condiciones estaba inútil para un servicio activo, y hubiera debido conformarme con un aburrido puesto en una oficina; eso no estaba hecho para mí. Solicité el retiro y me establecí en la ciudad como detective privado, lo cual, casualmente, me volvió a enlazar con ese caso nueve años después, cuando ya lo había olvidado

completamente. Uno de mis antiguos jefes vino a verme con una mujer joven, que estaba ciega después de haberle sido atravesados los párpados por un fino estilete. Eso ocurrió en México Bulevar, en una casa que había pertenecido a Kramer. Pero no terminan aquí las cosas. ¿Por qué fue esa mujer a aquella casa de México Bulevar? Porque había recordado que allí iba a cometerse un crimen. Y me dijo que tenía miedo de que la matase alguien que ya murió. Alguien como Kramer, por ejemplo. Fue una situación de ésas en que uno se echa a reír o se vuelve loco.

—Tú te volviste loco, por lo que veo.

—No puedo negar que en cierto modo empecé a sufrir pesadillas a partir de entonces. Pero había otras cosas. En México Bulevar, donde la mujer de que te hablo perdió la vista, se cometió en efecto un asesinato. La víctima fue otra mujer, a la cual fue hecha la autopsia, como es lógico. Pues bien, seis meses después, el forense que había hecho esa autopsia moría víctima de un cáncer de origen radioactivo, exactamente la misma terrible enfermedad de la cual presentaban síntomas los cadáveres que fueron hallados en casa de Kramer, diez años antes.

Stanley se dio cuenta de que la muchacha le escuchaba con un aleteo de temor en sus labios, aunque no había hablado aún. Le preguntó por señas si quería otro combinado, y ella denegó. Entonces Stanley se preparó para él otro vaso.

—De todos modos no adivino qué relación puedo tener yo con lo que has contado —dijo Nora, hablando con voz tensa—. Ni qué relación puede tener la pesadilla que estamos viviendo.

—Ya te dije que lo tuyo fue un presentimiento —suspiró Stan—. Vi en un periódico una extraña noticia y una fotografía. El título de la información era: «Ataúd para una novia». Leía también un anuncio indicando que tú te marchabas y que ibas a casarte. Eras, en resumen, una novia. Quizá esto te parezca carente de sentido, pero el mundo está lleno de cosas cuya lógica no vemos, y que sin embargo, ocurren. Decidí seguirte, y ya has visto que a veces los presentimientos dicen la verdad.

Nora se llevó una mano a los ojos y movió la cabeza como si intentase alejar de ella una pesadilla.

—Aún no comprendo lo de Steve... No lo comprendo.

—¿Dónde le conociste? —preguntó bruscamente Stan.

—En San Francisco, hace dos años. El venía algunas veces a la biblioteca; creo que estudiaba Medicina, pero al final lo dejó para aceptar un empleo bien pagado en Hong-Kong.

Nos hicimos novios porque... porque...

Parecía no atreverse a decirlo. Stan la ayudó.

—Tú eras una muchacha sin experiencia y que en cierto modo tenía un complejo de inferioridad, ¿no es así?

—Desde pequeña, cuando era una paralítica, me acostumbré a la idea de que ningún hombre me miraría jamás —dijo ella con voz casi inaudible—. Steve fue el primero; él me hizo sentirme una mujer. Y aunque desde el principio tuvo la sensación de que él no era el hombre de mi vida, aunque me daba cuenta de que a su lado el amor no era la cosa maravillosa que yo soñé, me hacía, sin embargo, sentirme una mujer, como las otras. Por eso dije que sí cuando Steve antes de partir, me dijo si querría casarme con él.

Terminando de beber el contenido de su vaso, Stanley desvió la mirada para que ella no viese la expresión apesadumbrada de sus ojos.

—Pero ¿le querías?

—Es difícil decirlo. ¿Cómo va a saber lo que es el amor una mujer que siempre ha pensado que tendría que renunciar a él? Pero eso no importa ahora, Stan. Lo que importa es el círculo horrible en que nos movemos.

—Hay algo que no entiendo —murmuró él—. Hace dos años, Steve no podía tener el propósito de matarte, o al menos no es normal que lo tuviera. Todo lo que ahora estamos viviendo arranca del crimen de México Bulevar, o sea, de algo que ocurrió hace sólo seis meses. Lo razonable es pensar que alguien contrató a Steve para matarte precisamente porque era tu prometido y tendría grandes facilidades. Y él, hombre ambicioso y sin escrúpulos, aceptó. Éste solo hecho me mueve a suponer que hay mezclas en esto grandes cantidades de dinero. Nadie se arriesga tampoco a robar un avión de caza de una base militar para atacar con él a un avión de pasajeros, lo que representa una condena de varias penas de muerte, sin saber que va a cobrar por su trabajo una suma fabulosa de dólares. Pero ¿dónde está todo ese dinero y quién lo maneja? Kramer no parecía haber ganado mucho, ésa es la verdad. No

parecía ser uno de esos tipos que tiene un tesoro entenado en alguna parte. Y lo cierto es que ahora ya no quedan tesoros ocultos; hay que dejar eso, para la guerra de Secesión cuando los sudistas enterraron sus carromatos de oro. Lo que mueve los hilos de esta maraña es el dinero, indudablemente, pero ¿de dónde sale? ¿Qué espera obtener el cerebro criminal que ha organizado esto?

—No lo sé —confesó Nora—. Me estás haciendo las mismas preguntas angustiosas que durante la última hora me he hecho yo misma. Y además hay otra; ¿cómo pensaba asesinarme Steve? ¿Y cómo pensaban sacarme de allí, una vez muerta?

—Es muy sencillo. Probablemente Steve era el encargado general de aquel edificio, un hombre que se quedaba a dormir allí y que tenía a su cargo todas las instalaciones. Debía tener algún ayudante, por supuesto, pero es muy fácil desprenderse de una persona por una noche, con cualquier excusa. Lograda en el edificio la necesaria soledad, llamó a los hombres que habían de asesinarte. Y previamente hizo traer un ataúd, cosa muy normal en China, porque las costumbres de que te habló son ciertas. Supongo que pensaban estrangularte y sacar el ataúd casi en seguida, como si fueran a devolverlo. Tú estarías dentro, naturalmente, junto con unas bolsas de plomo. Y supongo que tu fin lógico hubiera sido reposar entre el barro que hay en el fondo del puerto. Por suerte no fue así.

Hizo una pequeña pausa y añadió:

—Supongo que ahora la policía inglesa se tendrá que enterar de todo, porque en el edificio quedó un solo superviviente, además de Lu Yen, que estaba herido. Demasiado trabajo para ellos dos, sacar tantos cadáveres. Imagino que huirán y dejarán que el caso aparezca como un misterio insoluble. Al fin y al cabo debían ser unos tipos que cobraban por su trabajo mucho menos que Steve.

Nora, con las manos en las sienes, había escuchado como obsesionada todas aquellas palabras.

—Hay algo que me abruma y que me atormentará toda la vida —gimió—. ¿Fue derribado el avión por mi culpa, sólo porque yo viajaba en él? ¡Dios mío! ¿Soy responsable en parte de todas esas muertes? ¿Debo llevar esto sobre mi conciencia?

—En el avión viajaban otras personas a las que se pudo tener interés en matar —dijo Stan.

—¿Cuáles?

—El correo diplomático, por ejemplo. Iba un Federal en la cabina de los pilotos con encargo de protegerlo. Si en su cartera viajaban secretos de alta importancia, nada más fácil que alguien quisiera destruirlos a costa de lo que fuese.

—Y ese hombre murió...

—Sí, es cierto. Pero, además, había otros personajes que no eran normales. Como aquel hindú, con su maletín del que no se separaba nunca. Podía haber una fortuna en él, sin duda. Y aquella mujer de aspecto intelectual. Y el hombre de facciones brutales que no se separaba de ellos.

—Pero ¿crees que sólo para matar a uno de éstos puede cometerse un crimen así?

—El que dispuso eso debe tener una mente demoníaca. No me extrañaría que a él mismo no le hubiese importado morir con tal de eliminar a la víctima elegida.

—No es posible... —Parecía como si a Nora se le fuese la cabeza —. Todo esto es como un sueño maldito en el que no puedo creer. Te ruego que tengas piedad de mí y no hablemos más de esto. Necesito dormir, dormir infinitamente... Ojalá pudiese cerrar los ojos y despertarme dentro de diez años.

—Puedo pedir que te suban algún calmante.

—No es necesario. Creo que tengo algo en el bolso. Alcánzamelos.

Stan lo tomó de sobre una mesita, entregándoselo en las manos.

Pero las manos de Nora estaban muy temblorosas esta noche. No pudo sujetar el bolso bien y éste cayó a tierra, abriéndose y derramando su contenido sobre las baldosas.

Stan sólo dirigió a los objetos una mirada superficial, inclinándose para ayudar a Nora a recogerlos.

Había unos cuantos dólares, dos o tres objetos de «*toilette*», un fino pañuelo, una agenda y un lapicero automático de plata. También había una fotografía.

Fue al ver ésta cuando Stanley tuvo un estremecimiento.

¡Porque la mujer que estaba representada en aquella fotografía era Paulina Glender, aquélla a la que atravesaron los párpados en México Bulevar!

CAPÍTULO IX

Stanley logró dominar su primera reacción, y mediante un poderoso esfuerzo de voluntad consiguió que sus facciones estuvieran impasibles cuando entregó la fotografía a Nora. Ésta la guardó sin dar ninguna explicación y sin manifestar tampoco emoción alguna. Lo único que quedó fuera de su bolso fue un tubito de tabletas, de las cuales tomó una.

Desviando la mirada, Stanley se puso en pie.

¿Por qué tenía Nora aquella foto? ¿Era posible que ignorase de quién se trataba? ¿O tenía ella algo que ver con aquel diabólico crimen?

Las preguntas, todas ellas torturantes, se mezclaban en el cerebro de Stan. Éste llegó a tener casi una sensación física de vértigo, como si ante sus ojos viera un abismo o un horrible pozo de serpientes.

¡Podía no ser todo una casualidad! ¡Nora podía ser, el cerebro diabólico que dirigía todo aquello!

La miró. Miró su expresión un poco torturada y sus ojos azules, limpios, que le miraban también.

¡No, no era posible!

Una muchacha paralítica. Kramer.

Hombres y mujeres muertos a lo largo de medio mundo.

¡Y detrás de todo ello aquellos ojos azules de Nora, aquel cerebro de Nora, que podía ser el cerebro del diablo!

¡No! ¡No era posible!

Stanley se abrochó bien la americana y fingió indiferencia. Sólo sus facciones estaban un poco rígidas.

Le costó trabajo conseguirlo.

—Creo que ahora podrás dormir, Nora —musitó—. Voy a seguir, pues, el plan que me he trazado: iré en primer lugar al «Albergue de la Gran Serenidad» y pagaré mi cuenta. Ello me permitirá también

ver lo que ocurre en aquel edificio.

—Está bien, Stan.

Stan se dirigió a la puerta.

Ella también.

Allí se detuvieron. Los dos se miraron. Y de pronto los ojos de Nora se entrecerraron un poco mientras sus labios se separaban, mientras parecían pedir algo que no necesita palabras y que con un solo gesto se entiende en todos los idiomas del mundo.

Stanley sintió como una atracción sorda, irresistible, igual que si aquellos labios fueran un imán diabólico en el que hubiera de perder su voluntad. Otra vez se dijo que Nora era quizá la mujer más hermosa que había en su vida.

Pero ¿y si ella era la autora de aquellos crímenes? ¿Y si lo ocurrido con Steve había sido una macabra farsa?

No. Algo en el fondo de su cerebro le gritó: «¡No!». Nora estaba en el avión que quisieron enviar al infierno. De tener ella algo que ver con aquellos crímenes, no se hubiese arriesgado a viajar en un reactor que sabía iba a verse envuelto en llamas.

Pero pensando esto permanecía quieto frente a Nora, haciendo lo que nunca había hecho: despreciar el beso de una mujer.

Ella abrió los ojos, dándose cuenta de su silencio, y dijo secamente:

—Buenas noches, Stan.

Stan tendió los brazos, hizo un brusco gesto y la besó brutalmente en los labios. Nora estuvo a punto de lanzar un grito, tanta fue la fuerza del hombre. Pero éste en seguida la soltó.

—Buenas noches, Nora.

Dio media vuelta y la puerta se cerró tras él y sus negros pensamientos.

En el «Albergue de la Gran Serenidad» había aquella noche una desusada animación, porque a pesar de lo avanzado de la hora acababa de llegar una orquesta que se disponía a dar varios conciertos en el interior de la China comunista. Más de treinta hombres vigilaban sus maletas, los estuches con sus instrumentos, mostraban su documentación y jugaban con los dos perros mascota que les acompañaban. Pero todo aquel bullicio sirvió a Stan para pasar inadvertido y abandonar el hotel sin que apenas ni el conserje se diera cuenta.

Caminó entonces, hundido entre las sombras que poblaban la calle, hacia el edificio comercial donde apenas dos horas antes había estado a punto de perder la vida. Se preguntó si el herido Lu Yen y su compañero habrían podido sacar los cadáveres de allí. Y recordó el «Ford Anglia» que él se había llevado, abandonado ahora en una calleja cercana a los muelles y donde al menos en tres o cuatro días no podrían encontrarlo.

Llegó a muy poca distancia del edificio sin haber sido advertido por nadie; de eso estaba seguro, puesto que además aquella zona de la calle se hallaba completamente desierta, cosa extraña en las populosas ciudades chinas, y sólo explicable por ser aquél un barrio de oficinas y almacenes cerrados por la noche. Al parecer todo seguía normal, y pensó que no debían haber sido sacados todavía los cadáveres de allí.

Pero se equivocaba.

Se equivocaba al menos al creer que no había sido advertido por nadie.

Bruscamente sintió en su espalda un contacto duro y desagradable con el que ya había entrado en contacto otras veces: el cañón alargado de una pistola de gran calibre, probablemente una «German Luger».

Una voz advirtió:

—No te detengas, pasos cortos y mantén las manos a la altura de la cabeza.

Stanley obedeció. No podía hacer otra cosa. Sintió que la mano izquierda de su desconocido enemigo le palpaba suavemente, hasta tocar junto al cinturón el sitio donde estaba empotrada la pistola.

Aquella mano desabrochó la americana y retiró suavemente el arma, mientras la presión del cañón, a su espalda, se hacía más insistente.

Cuando la pistola de Stan se hubo esfumado, el desconocido retrocedió dos pasos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Stan, sin el menor timbre de emoción en la voz—. ¿Vas a liquidarme?

—Antes de matar a un hombre hay que hacerle hablar.

Una sonrisa amarga se dibujó en los labios de Stan. Todo ligaba, desgraciadamente. ¿Quién sabía que él iba precisamente allí? Sólo Nora. Ella era la única persona en el mundo que había tenido

facilidades para ordenar su captura.

El desconocido añadió:

—Ve hacia esa casa.

—¿Hacia cuál?

—No hagas preguntas idiotas. La conoces demasiado bien.

—Claro. Como que la construí yo mismo.

El tipejo le propinó un culatazo en la nuca, haciéndole tambalearse. Mientras no salieran de la zona de sombras, era como si estuviesen en una ciudad desierta. Stanley sabía que no podía confiar en nadie más que en sí mismo, y que ocurriera lo que ocurriera tendría que arreglárselas solo.

Tambaleándose y haciendo grandes esfuerzos para no caer, llegó hasta la puerta. El desconocido le volvió a aplicar la pistola en los riñones, mientras un automóvil de cuatro plazas, un modelo anticuado de «Austin», se detenía suavemente a poca distancia de ellos.

—Veo que la ratonera está bien, preparada —dijo Stan en voz alta, mientras desesperadamente intentaba pensar.

La portezuela izquierda del coche se abrió.

Stan no se sorprendió en absoluto al ver aparecer al tipo de facciones brutales que ya le había llamado la atención en el avión, cuando lo tomaron en San Francisco. Y junto a él el hindú de ojos llameantes, llevando en la derecha su sempiterno maletín.

Los dos tipos llegaron junto a él.

Y entonces, Stan tuvo una sorpresa. El hindú no parecía venir allí por su propia voluntad, sino que el tipo de facciones brutales le amenazaba con un revólver chato. Pudo verlo cuando llegaron junto a él sin decir una sola palabra.

Por el fondo de la calle se acercaban unas cuantas personas. El de las facciones brutales gruñó:

—Hay que aligerar.

El mismo abrió con un llavín, sin dejar de apuntar al hindú, que permanecía quieto como una estatua. Stan y el oriental fueron empujados al interior de las escaleras donde dos horas antes había aullado la muerte. En los peldaños aún había manchas oscuras de sangre.

La puerta se cerró.

—Bueno —sonrió Stanley—, supongo que tendremos que

empezar a conocernos. ¿Cómo te llamas tú, gorila?

Miraba al de las facciones rudas. Éste no se ofendió. Al contrario, parecía estar muy satisfecho de que le comparasen con un mono gigante.

—Llámame George —dijo—. Llámame George mientras puedas.

El tipo que había detenido a Stanley en la calle, apareció entonces a la luz, empuñando efectivamente una «Luger». Era un individuo bajo, delgado, pero todo músculo, en cuyos rasgos casi europeos se apreciaba, sin embargo, alguna oscura ascendencia malaya.

—Ya no lleva armas, jefe. Pero de todos modos no hay que fiarse de él.

—Que suba delante. Y este discípulo de Ghandi, también.

Se refería al hindú, que pasó delante de todos sin soltar el maletín. Junto a él subió Stanley. George y el tipo semimalayo subieron detrás, empuñando sus armas.

Llegaron al descansillo donde estaban las dos puertas. Según vio Stan ahora, ninguna de las dos se hallaba cerrada. No había ya rastro del ataúd ni de los cadáveres.

Haciendo una mueca preguntó a George:

—¿Se los han comido?

—Puede. No somos tan imbéciles como para dejarlos ahí.

Le hicieron pasar a la habitación donde antes había estado el ataúd. Ahora esa habitación tenía un aspecto completamente normal, con una mesa y dos sillas. Lo único que observó Stan fue que en el suelo del descansillo había aún algunas manchas de sangre.

George se quedó en la puerta, encañonándoles, en tanto Stanley y el hindú eran obligados por el otro a pasar al fondo de la pieza.

—Átales, Slim —ordenó George.

Slim tenía que ser el tipo de rasgos malayos. En efecto, éste sacó unas tiras de cuero de uno de sus bolsillos, e hizo volverse de espaldas a los dos prisioneros. En unos segundos les ciñó las muñecas hábilmente, asegurando los nudos de forma para que no tuvieran ninguna posibilidad de escapar.

Stanley entendía lo bastante de ligaduras para comprender que nunca podría deshacerse de aquéllas.

Slim, cuando los tuvo bien seguros, no se anduvo con

contemplaciones. Con el canto de la mano les golpeó en la nuca, haciéndoles caer de bruces a tierra.

Lo curioso fue que el hindú, aún atado, no había soltado su maletín, que ahora estaba como pegado a su cuerpo.

George guardó entonces su pistola y cerró la puerta. Desde allí contempló a los dos hombres con expresión de hastío.

—Me gustaría saber —preguntó Stanley haciendo una mueca—, qué tienes tú que ver con Steve y los perros que han muerto aquí hace unas horas.

—Steve era un colaborador nuestro, y en cuanto a los «perros», como tú les llamas, habían sido alquilados en los muelles de Hong-Kong para realizar este trabajo.

—Pero este edificio no os pertenece. ¿Creéis que vais a poder estar demasiadas horas aquí?

—Por lo menos vamos a poder estar aquí toda la noche, eso es seguro. Y en una noche entera se puede hacer una montaña de cosas.

Su voz tenía una tonalidad dura y significativa. Miraba al hindú, y Stanley volvió también la cabeza hacia él. Tuvo entonces como una sorpresa brutal al ver la expresión de sus ojos.

Porque en los ojos del hindú había un odio que parecía estar más allá de lo humano, un odio ancestral, eterno, esa especie de odio paciente y siniestro que uno cree ver a veces en los ojos de las viejas divinidades indias.

George también notó aquello, pero no se inmutó.

—Os he traído aquí por motivos bien distintos —dijo—, aunque vuestro fin vaya a ser el mismo.

—¡Qué conmovedor!

Los labios de Stanley estaban plegados en una mueca burlona.

—Tú —dijo George, mirándole—, te has entrometido en esto sin que nadie te llamara. Has estado buscando tu muerte y al final has terminado por encontrarla. No voy a hacerte preguntas ni a perder el tiempo contigo. Para eliminarte me basta con saber que has matado a alguno de nuestros hombres. La única curiosidad que tengo es saber por qué. ¿Es que te has enamorado de Nora?

—Puede.

—Tiene gracia. En obsequio a ti ya procuraremos que vea tu

cadáver antes de terminar con ella. Los motivos que tengo para eliminar a Nadher, en cambio, son distintos.

Señaló con el mentón al hindú. Éste seguía mirándole con el mismo odio frío, sereno, implacable.

—Nadher es un importante jefe de un Banco oriental de San Francisco. Cosa natural, dada su inteligencia —rió George—. Ha hecho varios viajes a Singapur, a Hong Kong y a Manila, llevando siempre en su maletín importantes cantidades en joyas confiadas en depósito. Me atrevería a decir que a veces se le ha confiado hasta un millón de dólares. ¿No es cierto?

El hindú hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y sus ojos parecidos a dos fríos abismos se dilataron un poco. Parecía a punto de entrar en éxtasis, igual que esos santones que a veces se pasan horas y horas, como petrificados, en las ceremonias budistas.

—Los motivos por los que tomé el mismo avión que Nadher son muy materialistas —siguió diciendo George, con una estrecha sonrisa—. Me obsesionaba ese maletín. Y como en este aspecto trabajo solo, sin intervención de ningún jefe, espero que casi un millón de dólares vaya a parar a mis manos dentro de unos minutos. ¡Arráncale ese maletín, Slim!

Slim fue a obedecer. Y en este momento se oyó por primera vez la voz del hindú, una voz grave que el oriental parecía arrancar de las profundidades de sí mismo.

—No podréis abrirlo. Todos estos maletines tienen un resorte especial. Sólo yo sé manejarlo.

—Ya nos explicarás cómo se abre.

—Si esas cosas pudieran explicarse, no tendría inconveniente alguno. Al fin y al cabo, ¿qué importa que vuestras sucias manos puedan conocer el secreto que se guarda aquí dentro? Pero los movimientos para mover el resorte no pueden explicarse. Tiene que saber hacerlos uno mismo.

George conocía esto demasiado bien. Una vez había intentado abrir uno de esos maletines, fracasando. Y la malla de metal que suelen tener debajo del cuero le había impedido desgarrarlo.

Sacó su pistola otra vez.

—Desátale, Slim.

—De modo que además de asesino eres un vulgar ladrón —murmuró Stanley.

—Di lo que quieras ¡Para el tiempo que te queda de hablar...!

—Aunque el tiempo sea tan corto, puedo decir cosas muy interesantes —murmuró Stanley—. Por ejemplo, que tú fuiste el que mató a una mujer en San Francisco, en un lugar llamado México Bulevar, y dejó ciega a otra.

George se estremeció levemente, pero sus ojillos brillaron malévolos.

—¿Cómo lo sabes?

—No es muy difícil pensar que una salvajada parecida sólo pudo cometerla un tipo como tú.

George extrajo un delgadísimo estuche de plástico de una funda axilar. En ese estuche iba un estilete fino como una aguja.

—Mi arma favorita —sonrió—. Aprendí a usarla hace años, y la prefiero porque tiene la ventaja de que mata sin derramar apenas ni una gota de sangre. ¿Quieres que te enseñe cómo se atraviesan unos párpados, imbécil? ¿Quieres sentir antes de que te mate lo que debió sentir Paulina Glender?

Stanley se limitó a mostrar los dientes en una sonrisa cuadrada. Pero esa sonrisa se quebró al oír la respiración agitada del hindú, una respiración semejante a la de una fiera que se prepara para el salto.

Había algo de fanático en los ojos del oriental, algo que estaba más allá de la vida y de la muerte.

Stanley gruñó:

—Puedes hacer conmigo lo que te venga en gana... si es que llegas a tocarme.

—Primero veremos las joyas que lleva nuestro amigo Nadher. No quiero estar impaciente cuando «trabaje» contigo. Al fin y al cabo todavía disponemos de mucho tiempo...

Slim estaba desatando ya a Nadher, quien no soltaba su maletín ni por un solo segundo.

Cuando estuvo libre se limitó a frotarse con suavidad las muñecas, cambiado el maletín de mano y sin dejar de mirar a George con aquellos extraños ojos tras los que parecía haber un abismo.

—Como no aparecerá tu cadáver, me figuro lo que pensarán de ti en el Banco —rió George—. Dirán que te has largado con las joyas en compañía de alguna corista. No sería mala combinación

para un discípulo de Buda, ¿eh?

—Una vez yo haya muerto, pueden pensar de mí lo que quieran —susurró Nadher.

Se sentó a la mesa y puso el maletín sobre ella. George le miraba con ojos brillantes, como si ya estuviera viendo la fortuna que se almacenaba en su interior.

—¿Qué llevas esta vez? ¿Joyas o antiguas monedas de oro? Oí decir que estabais transportando poco a poco una valiosísima colección...

—Son joyas —dijo Nadher.

—¿Qué clase de joyas?

—Anillos. Los más hermosos anillos que has podido ver.

El hindú extrajo una llave de uno de sus bolsillos, dio vuelta a la cerradura del maletín y, luego, con un seco y hábil movimiento de sus manos, pareció desenganchar la cerradura. El maletín se abrió unas centésimas de pulgada, haciendo brillar más aún los ojos de George.

—Sacaré yo mismo las joyas —dijo Nadher, disponiéndose a introducir la mano en el maletín.

George casi saltó sobre él.

—¿Crees que soy idiota? Ese truco ya está demasiado gastado, amigo. Dentro de esos maletines, con la mercancía, siempre lleváis un arma. Muy sencillo meter la mano y acribillarme a través del cuero, ¿no? Pero repito que el truco está demasiado gastado. Lo he visto hasta en las películas.

Nadher cerró por completo el maletín, que sólo había estado abierto unas centésimas de pulgada, y lo tendió a George a través de la mesa. Slim acechaba vigilante, con su «Luger» dispuesta.

—Trucos a mí... —suspiró George, colocándose el maletín sobre las rodillas y abriéndolo de un seco golpe.

El grito infrahumano que lanzó fue repetido por la garganta de Stanley, por la de Slim e, incluso por la del hindú, aunque el grito de este último fue de triunfo. Una cosa viscosa, verde, horrible, había saltado del maletín al aire lanzando un silbido. Aquella cosa viscosa y verde tenía anillos relucientes, una cabeza triangular y una brillante lengua en forma de horquilla. El alarido horroroso de George hizo estremecer la habitación cuando los colmillos de la serpiente se clavaron ávidamente en su cuello.

CAPÍTULO X

Slim disparó inmediatamente, pero sin alcanzar al reptil. La visión horrible de aquella cola moviéndose frenéticamente, de aquellos dientes clavados hasta el fondo en el cuello de George, parecía haberle privado de toda serenidad. Su derecha temblaba. Y sus disparos no lograron más que enfurecer al reptil, que soltó su presa en la garganta de George para lanzarse sobre Slim como una flecha llameante.

Slim disparó dos veces más, temblando como un poseído, y uno de los proyectiles arrancó parte de su cola a la serpiente. Ésta mordió con más rabia en la pantorrilla del pistolero, haciéndole lanzar un aullido más salvaje que el proferido por George. Éste se tambaleaba, llevándose las manos a la horrible herida, mientras sus ojos se iban volviendo vidriosos y su sangre se convertía en un chorro de muerte.

Slim cayó también, presa de terror, soltando su pistola. Sabía que, aunque la dosis de veneno que le había correspondido era mucho menor que la de George, bastaba para matarle cien veces. Mientras la serpiente saltaba sobre él, lo último que vio fue la sonrisa diabólica de Nadher, y lo último que oyó fueron sus lentas palabras, que parecían surgir de una estatua:

—Podíais haber adivinado esto al ver que había unos diminutos respiraderos en el fondo del maletín. Pero ahora ya nada os hará sufrir. Sois bienaventurados. Buda será misericordioso y se limitará a teneros durante toda la eternidad en el fondo de un pozo de serpientes.

El parecía no temer al reptil, que ahora se movía por la habitación yendo hacia sus piernas en línea recta. Debía estar acostumbrado a tratar a aquella especie de alimañas, pero Stanley se dio cuenta de que el hindú estaba como en éxtasis, igual que si ya no perteneciese a este mundo. Su cruel y salvaje victoria le

producía una tal felicidad que ni siquiera prestaba atención al ofidio cuando le presentó el maletín abierto para que se introdujera de nuevo en su refugio. La serpiente, excitada y rabiosa por los disparos, no obedeció. Dio un salto, levantándose sobre su cola, y otra vez sus colmillos buscaron carne humana, clavándose furiosamente en la mano de Nadher.

Éste ni siquiera se inmutó, como si no sintiese la mordedura, a pesar de que debía saber que las glándulas de la serpiente contenían aún suficiente veneno para matarle.

Stanley, con voz ronca, pidió:

—¡Dispare contra ella, si es que tiene un arma! ¡Usted todavía tardará en morir! ¡Mátela de una vez!

Pero tuvo la impresión de que el hindú ni siquiera le oía. Estaba como sumido en un letargo, en un éxtasis. Sus ojos sólo tenían vida para mirar los dos cadáveres retorcidos que yacían a sus pies.

La serpiente, más calmada, se había plegado un momento sobre sí misma, descansando cerca de una de sus víctimas. Pero Stanley sabía que aquella calma era ficticia. La alimaña atacaría en cuanto las dos glándulas de su cerebro hubiesen llenado otra vez los colmillos de veneno.

—¡Dispare! —gritó mirando a Nadher—. ¡En el suelo tiene armas! ¡Es ahora cuando la puede matar!

El hindú no se movió.

—¡Dese prisa, infiernos! ¡Haga algo! ¿Es que quiere morir así?

—Debí haber muerto ya en el avión —dijo Nadher lentamente—. Todo estaba previsto. Debí haber sido entonces y nada más, pero así ha resultado todo mucho más hermoso.

Sonrió con crueldad y cayó muerto, de bruces sobre el suelo.

Stanley lanzó una maldición en voz baja. Otra vez aquello volvía a parecer un cementerio, pero con la importante desventaja de que uno de los muertos sería él.

Intentó mantenerse quieto, sin respirar apenas, con la lejana esperanza de no atraer la atención de la serpiente. Pero la puerta de la habitación estaba, cerrada y el ofidio no podía salir. Era seguro que en un momento o en otro, de no producirse un milagro, terminaría por atacarle.

Además, el humo de pólvora parecía irritar el finísimo olfato de la alimaña. Sus anillos volvieron a moverse otra vez, y sus ojos

diabólicos se posaron en Stanley.

Éste siguió sin respirar apenas, espantosamente quieto.

Pero la serpiente avanzó lentamente hacia él, con esa tranquila seguridad que tienen las fieras cuando saben que no se les va a escapar la presa. Stanley creyó notar su olor, aquella especie de aire repulsivo que emanaba de su piel.

Se preguntó dónde le mordería, y mentalmente rezó para que no fuese en la cara ni en el cuello. No podría resistir que aquella horrible cabeza triangular se paseara junto a sus párpados. Pero la serpiente parecía ir recta hacia su cara, moviéndose con lentitud diabólica. Stanley oyó el rechinar de sus propios dientes como si el sonido llenase la habitación entera.

La serpiente se irguió. Vio sus horribles fauces a media yarda, sus colmillos dispuestos a morder...

Tensando las piernas, Stan logró propinarle un golpe y enviarla lejos, contra la pared del fondo. Pero con esto no había conseguido más que irritarla y condenarse a muerte si antes no lo estaba. La serpiente emitió un agudo silbido y se lanzó sobre él.

Stanley cerró los ojos y contuvo la respiración. Sólo le quedaba ya por hacer una cosa: rezar.

Sintió junto a sus oídos el silbido odioso del reptil.

Y en ese momento en la habitación retumbaron dos disparos.

Stanley abrió los ojos mientras algo parecía estallar junto a él. Vio la cabeza de la serpiente partirse en dos pedazos al contacto de la bala. Y en la puerta que acababa de abrirse, empuñando una pistola todavía humeante, vio a Nora. ¡Nora, que había vuelto!

Sin poder todavía dar crédito a sus ojos, Stanley la vio avanzar, empuñando todavía la pistola.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó.

—Cuando he entrado estaba junto a la puerta.

En efecto, era la «Luger» de Slim.

—Trata de ponerte en pie. Voy a desatarte.

Stanley se enderezó de un ágil salto.

—Tengo un pequeño cuchillo en mi funda axilar. Empléalo.

Nora lo usó, y unos segundos después Stanley estaba libre. Sólo entonces se dio cuenta de que debía la vida a aquella mujer. Sólo entonces pensó cuán profundamente equivocado había estado al sospechar de ella. Pero nada de esto se reflejó en sus palabras ni en

sus ojos.

—¿Por qué has venido? —preguntó.

—Imaginaba que ibas a meterte en la boca del lobo. Era natural que hubiese alguien aquí, dispuesto a organizar una recepción en regla.

—En efecto, lo había. Y ahora creo que lo que nos conviene es marchar inmediatamente de aquí. No sólo del edificio y del barrio, sino de

Hong-Kong.

Es posible que en el aeropuerto alcancemos todavía algún avión de los que hacen la ruta diaria a Manila o Singapur. Vamos, hay que intentar borrar todas nuestras huellas de los pomos de las puertas, que es el único sitio en que podemos haberlas dejado. Dame la pistola.

Ella se la entregó sin pronunciar una palabra, y entre los dos limpiaron todo posible rastro de huellas. Emplearon en ello apenas unos minutos. Luego descendieron a la calle, felicitándose de que las gruesas paredes del edificio hubieran impedido que los disparos se oyese desde el exterior. Anduvieron unas cuantas travesías hasta tomar un taxi, lejos de allí.

—¿Cómo has venido? —preguntó Stan a Nora, cuando rodaron en dirección al puerto—. ¿Te ha visto alguien entrar?

—No. He venido a pie, orientándome difícilmente, para evitar que cualquier taxista pudiese reconocerme luego. Sólo he empleado un vehículo hasta mitad de camino.

—Perfectamente. Ahora vamos a abonar la cuenta del otro hotel e inmediatamente nos largaremos al aeropuerto.

Media hora más tarde, liquidados todos sus gastos, rodaban en el mismo taxi por las silenciosas calles de la ciudad, en dirección al aeródromo, que en determinadas épocas del año era uno de los de mayor tráfico del mundo.

Tuvieron suerte, porque aún quedaban dos plazas en el último avión para Singapur, que partía una hora más tarde. Esa hora transcurrió para ellos lenta como un siglo, pensando si habrían dejado tras sus pasos alguna huella que orientara a la policía inglesa. Pero lo normal era que no se descubriese nada hasta la mañana siguiente, y entonces aparecería todo como un problema insoluble; al menos fue ésa la reflexión que Stanley se hizo.

Cuando volaban sobre el mar de China a través de una maravillosa noche en calma, Nora susurró:

—¿Por qué estaban allí aquellos dos hombres? ¿Quiénes eran?

—Uno se llamaba George, y era uno de esos asesinos profesionales que en las grandes ciudades de los Estados Unidos es posible contratar para el crimen más repugnante. Ignoro quién le ordenó hacerlo, pero él fue el que cometió el crimen de México Bulevar y dejó ciega a Paulina Glender. Había tomado el avión rumbo a

Hong-Kong

para ver si Steve realizaba bien su trabajo, y además porque en él viajaba Nadher, el indio.

—¿Qué tiene que ver con eso?

En el gran avión donde todos los viajeros dormitaban, sus voces eran apenas como un cuchicheo.

—Nadher era uno de los jefes de un importante Banco oriental establecido en San Francisco. Muchas veces su cargo le obligaba a viajar a China, la India, la Confederación malaya y otras regiones de Oriente, trasladando joyas o documentos muy importantes que habían sido confiados al Banco o entregados a éste en prenda. George pensó dar por su cuenta un golpe que le convertiría para siempre en un hombre rico, y calculó que podría asesinar a Nadher y llevarse su maletín. Pero éste, que sin duda pensaba también matar a George, no llevaba joyas en el maletín, sino una mamba verde, una de las serpientes más sufridas y peligrosas que existen.

—¿Por qué quería matar a George?

—Sin duda porque él dejó ciega a Paulina Glender.

—Y eso ¿por qué le importaba a él de una manera tan especial? Y si le importaba, ¿por qué no lo dijo a la policía?

—Porque Nadher era un oriental, y los cerebros orientales son distintos de los nuestros. Tenía que matar a George él mismo, y, además, tenía que hacerlo de una forma espectacular, bien sea arrojándole encima una serpiente venenosa, bien sea cayendo los dos abrasados en un avión envuelto en llamas.

Nora se irguió, y pareció como si sus ojos sufrieran una sacudida.

—¿Qué es lo que acabas de decir?

—Algo muy sencillo. Que Nadher era un fanático, y que asesinar

a George era el único objeto de su vida. Puesto que supo que George quería robarle, puesto que supo que iban a viajar en el mismo avión, puso la serpiente en su maletín y además lo preparó todo para que George no pudiera salvarse. No le importaba morir él también, no le importaba enviar al infierno a otras cincuenta personas. En cierto modo Nadher era un loco, y hacer que el avión fuese destruido por un caza robado le parecía un excelente final.

—Pero ¿quién robó el avión? El no pudo...

—Debió hacerlo alguno de sus discípulos. Imagino que Nadher era ministro influyente de alguna secta religiosa india, una de esas sectas cuyos miembros parecen a veces enloquecidos por su extraña divinidad. Nadher pudo tener un buen discípulo en la base aérea de San Diego, y decidió emplearlo. Esos hombres que se sumergen en una especie de nirvana, en una hipnosis que dura a veces días y días, tienen pensamientos y creencias que nosotros nunca podremos adivinar.

—Pero todo sigue sin tener sentido. ¿Por qué le importaba a Nadher de una forma tan especial lo ocurrido a Paulina Glender?

Stanley dijo:

—Supongamos que porque estaba enamorado de ella.

—¿Es posible?

—¿Por qué no? Paulina Glender era una mujer joven, bonita y al parecer de carácter dulce. Nadher pudo amarla con desesperada pasión. Pudo amarla sin que ni siquiera ella lo supiese. Y cuando descubrió lo que la Policía no había podido descubrir, cuando supo quién era el culpable de la ceguera de su amada, resolvió prepararle una muerte de primera calidad. Se dijo que el que sabía manejar el estilete tan bien, merecía ser quemado vivo o poseer por toda la eternidad un hermoso collar de serpiente.

—¿Crees que eso puede ser cierto?

—Estoy seguro de que es así. Y lo confirman las palabras del propio Nadher antes de morir. Dijo que todo había estado previsto en el avión.

Hubo un momento de silencio. En la penumbra del interior, sus rostros eran como dos máscaras. Stanley susurró:

—En cuanto a los motivos por los cuales fue dejada ciega Paulina Glender, puede que tú sepas alguna cosa. ¿Por qué llevabas su fotografía en el bolso?

Nora se mordió los labios antes de contestar, y rehuyó la insistente mirada de Stanley.

—Sabía que acabarías preguntándome eso —dijo al fin.

—¿Por qué no me hablaste en el hotel, cuando descubrí la foto?

—Porque tenía miedo. Porque he estado teniendo miedo desde que llegó a mis manos ese pedazo de cartulina.

—¿Cuándo lo conseguiste?

—Hace nueve años.

—¿Cómo...?

—Sí. Fue la noche en que Kramer murió. Mientras intentaba librarme de él, algo quedó entre mis ropas a causa de la lucha. No me di cuenta hasta más tarde de que era esta fotografía. Kramer la había perdido antes de morir.

—¿Por qué no la devolviste?

—¿A quién iba a devolverla? ¿A Kramer, que había muerto? ¿A su esposa, que había desaparecido?

—A la dirección del establecimiento donde estabas. Pero es igual; eso resulta indiferente. ¿Averiguaste qué relación tenía con Kramer la muchacha reproducida en esa foto?

—Sí. Lo averigüé años más tarde. Era Paulina, hija de una primera esposa de Kramer que para entonces ya estaba muerta. Cuando conocí su identidad, Paulina había cambiado su apellido por el de Glender. Satisfecha mi curiosidad, no me preocupé más de aquello hasta que supe lo que había ocurrido en México Bulevar.

—¿Y por qué no explicaste a la Policía quién era en realidad Paulina Glender?

—Porque tenía miedo. Instintivamente comprendía que debía mantenerme alejada de aquello todo cuanto pudiese. Pero al mismo tiempo quería ayudar a aquella pobre mujer. Traté de entrar en contacto con ella varias veces, sin conseguirlo. Y entonces, aunque esto no lo he contado nunca a nadie, un coche estuvo a punto de arrollarme en una calle solitaria. Estoy segura de que fue un intento de asesinato. Mi miedo creció, y de pronto el casarme con Steve me pareció una idea maravillosa por el solo hecho de que él estaba Hong-Kong,

bien lejos de San Francisco. Decidí marchar cuanto antes; a partir de entonces creo que es cuando empezaste a intervenir tú.

—¿Qué más sabes de Paulina Glender?

—Poca cosa. Que estuvo en una clínica mental una larga temporada.

Stanley cerró los ojos un momento, reflexivamente.

—Cielos... Pero ¿qué buscaba ella en aquella casa? ¿Y cómo pensó que allí iba a cometerse un crimen?

—Quizá —dijo Nora lentamente— porque era hija de Kramer y porque tal vez se heredan los recuerdos.

—Sería muy extraño. Sería casi diabólico... Pero hay otra cosa; ¿qué relación crees que pudo tener Paulina Glender con la mujer asesinada en México Bulevar?

—Eso lo ignoro completamente.

—Sin embargo, es evidente que Paulina Glender buscaba algo.

—Sí —dijo Nora—. Buscaba su propia muerte.

Desde Singapur a San Francisco de California hay varias combinaciones aéreas diariamente, todas ellas cómodas y rápidas, con el único inconveniente de su elevado precio. Nora y Stanley habían quedado prácticamente sin blanca cuando doce horas más tarde volvieron a su ciudad.

Lo primero que hizo el detective fue instalar a Nora en su despacho, porque pensó que estaría más segura. Y desde allí mismo telefoneó a Pulker.

—¿Pulker? Acabo de llegar de

Hong-Kong

y creo que sé cosas importantes. Necesito ver ahora mismo a Paulina Glender.

La voz de Pulker sonó levemente sarcástica al otro lado del cable.

—¿Sí? ¿No le parece que es ya demasiado tarde?

—¿Tarde? ¿Por qué?

Ahora la voz de Pulker tuvo un tono casi brutal cuando dijo:

—Porque fue asesinada ayer. Alguien entró por una de las ventanas de su dormitorio, mientras ella se desnudaba, y le alojó una bala en el centro de la cabeza.

CAPÍTULO XI

Stanley vertió un generoso chorro de ginebra en el alto vaso, donde había un resto de bebida fresca, y miró por la ventana el panorama siempre igual y siempre cambiante de la Golden Gate, donde una media hora antes se habían encendido ya las primeras luces del crepúsculo.

Tenía ganas de ponerse a lanzar gritos.

Su aspecto era preocupado y hasta un poco abatido cuando entró en la habitación donde estaba su secretaria.

Ésta le miró escrutadoramente.

—Está como aplastado. ¿Qué le pasa?

—No, nada...

—¿Le ha puesto triste el hecho de que Nora Rickett se marchara de pronto sin dejar señas ni dar ninguna explicación?

—No, no ha sido eso —dijo Stan, a quien le daba cierta vergüenza confesar la verdad.

—Marchó hace dos días, a poco de llegar del viaje, y no se ha vuelto a saber nada, ¿eh?

Stanley desvió la mirada, recordando. Justo, dos días en que no había sabido qué pensar. La inexplicable desaparición de Nora, que había salido de su despacho aprovechando una distracción, le llenaba de confusiones. Y estas confusiones aumentaban al haber sido imposible encontrarla.

—¿Ha visto los periódicos de Hong-Kong?

—preguntó él, para desviar el tema—. ¿Qué dicen de lo que le expliqué?

—Que es un misterio insoluble.

—¿Y todas esas revistas?

Stanley señaló con el mentón la mesa de su secretaria, llena de publicaciones.

—Las he comprado por si había en ellas algo de interés. Por cierto, en esta revista de tipo sentimental, en el «Correo de los lectores», donde a veces hay mensajes cifrados entre novios, he visto esto que puede ser de interés. Ha aparecido en los dos últimos números.

Le señalaba unas breves líneas aparecidas en la sección dedicada a correo sentimental de los lectores. Esas líneas decían sencillamente:

«Paulina K., buena amiga, necesito verte para devolverte paquete que me entregaste. No puedo guardarlo porque voy a ausentarme. Te veré frente al 211 de Philco Street, el viernes a las once de la noche. Si no compares depositaré paquete en Policía. Siempre tu amiga. —Silvia».

Stanley dejó la revista sobre la mesa y miró pensativamente su reloj calendario. Era viernes, y acababan de dar las nueve de la noche.

—¿Qué piensa? —preguntó la secretaria—. ¿Quién cree que puede ser esa Paulina K?

—Paulina Kramer, la muerta.

—Eso mismo he pensado yo en el primer momento, pero no me atrevía a decirlo en voz alta.

—O es alguien que ignora su muerte y desea ponerse en contacto con ella, para devolverle efectivamente un paquete que le entregó, o es una trampa para atraer allí a la persona que asesinó a Paulina. ¿Dónde está Philco Street?

—Es un callejón que conduce a las «Fundiciones Walcox».

—Está bien; creo que acudiré a esa cita.

Comprobó la carga de su pistola, se la ajustó bien en la funda y salió del despacho.

Sobre Philco Street, callejón cercano al río, había caído la niebla.

No se veía a dos pasos, aunque al fondo rebrillaban las luces de la fundición y de los accesos que conducían a los altos hornos, varios de ellos en reparaciones. La sombra que se movía entre la

oscuridad gris del callejón pareció estremecerse inquieta al sonar las once en el gran reloj de los altos hornos.

Aquella sombra se mostraba solitaria. Nadie más había en aquel lugar que parecía situado al margen del mundo.

De pronto otra sombra se despegó de la oscuridad, avanzando lentamente por entre la niebla. Era una sombra ni muy alta ni muy ancha, correspondiente a un hombre. Se acercó a la que ya estaba aguardando allí.

Nora Rickett, avanzando unos pasos, susurró mirando a aquella figura:

—Sabía que ibas a venir. Si leías el anuncio sentirías inquietud, aun sospechando que podía ser una trampa. No podías dejar de venir, sabiendo que tal vez fuera cierto que la pobre Paulina hubiese entregado a alguien un paquete... sacado de México Bulevar, de la antigua casa de su propio padre.

De la figura recién venida no surgió un solo sonido. Diríase que no vivía, que no respiraba siquiera.

—Sé que mataste a Paulina porque ella, a pesar de estar ciega, insistía en averiguar, en saber... y empezaba a resultar ya demasiado peligrosa. —La voz de Nora era fantasmal, parecía impropia de una mujer—. Pero ya era demasiado tarde. Ella conocía el diabólico invento de su padre, y quería destruirlo. El mismo invento que tú quisieras vender como terrible arma de guerra, porque supones que vale más de un millón de dólares.

La quieta figura masculina habló por primera vez.

—Paulina estaba loca.

—No... Lo estuvo solamente una temporada. Una temporada durante la cual llegó incluso a perder la memoria, recordando luego ligeros retazos de su existencia pasada. La horrible muerte de su padre..., los crímenes que se le habían atribuido... La casa de México Bulevar, donde él había trabajado en secreto durante meses y meses... ¿No podía estar allí lo que ella sabía que Kramer inventó? ¿Lo mismo que él había experimentado en sus víctimas, a las cuales tuvo que enterrar tras una pared o sepultar en el fondo de un lago, para que la radioactividad no se transmitiese?

—Sabes demasiadas cosas. Sabes que el gas que Kramer inventó mantenía la radioactividad en el aire durante meses y meses. Que convertía en mortales la lluvia y el viento... Un arma absoluta,

total, por la que cualquier nación poderosa lo daría todo... Sabes que lo experimentó, ¿no es así? Y que después de su muerte todo quedó olvidado hasta que una entrometida que había sido su secretaria necesitó dinero y en México Bulevar empezó a revolverlo todo, hasta encontrar las fórmulas en un escondite secreto. Esa antigua secretaria era amiga de Paulina, que entre las brumas de su pasada locura quiso ser honrada y destruir la fórmula... No es difícil pensar que eso me llamaría la atención, ¿no? Que yo, que en vano había buscado aquel secreto durante años, supe por fin dónde estaba... Que pagué a unos hombres decididos para que hicieran aquel trabajo...

Nora estaba tensa, alerta. En parte era por el miedo. En parte porque la voz que le había estado hablando... ¡era una voz de mujer!

—Tú —susurró Nora lentamente—, tú, la segunda esposa de Kramer, no querías demasiado a tu hijastra, ¿verdad? No te importaba que quedara ciega, que muriese... Y yo también debía morir porque había intentado entrar en contacto con ella, porque podía ser su auxiliar en el empeño de destruir aquella maldita fórmula... Por eso viajaste en aquel avión, con tu condenado cómplice, aquel perro llamado George, para asegurarte bien de que me mataban. Tú, la mujer de aspecto intelectual, con elegantes gafas, a quien nadie suponía la desaparecida segunda esposa de Kramer... La voz femenina susurró, ahora tensamente:

—¡Has hablado demasiado ya! ¡Basta!

Vestida de hombre, cuidadosamente recogidos sus cabellos y cubierta con un sombrero negro, aquella mujer se lanzó sobre Nora. Llevaba en la derecha un revólver con silenciador y estaba dispuesta a usarlo. Un seco taponazo resonó en la noche mientras Nora daba un salto y trataba de huir.

Philco Street estaba lleno de sombras. Protegida entre ellas, Nora extrajo también su arma, pero ésta se encasquilló. Lanzó un grito mientras corría por entre las pasarelas en reparación, hacia la zona por la que corría un río ardiente de metal al rojo.

Dos taponazos más sonaron en el callejón. Nora sintió que una cosa caliente y pegajosa comenzaba a manar de su brazo.

Retrocedió a la carrera unas yardas más, saltando una pequeña valla que cortaba el paso. Alguien, seguramente un vigilante

nocturno, gritó. Pero estaba demasiado lejos.

De pronto Nora sintió que iba a tener un desvanecimiento. Estaba al principio de una pasarela metálica ajo la que corría el huracán ardiente de hierro fuñido. Era como estar suspendido a unas yardas por encima del infierno. Sin fuerzas, Nora se apoyó en la baranda de la pasarela. Vio a su enemigo correr, tomar impulso y...

De pronto sonó un disparo.

Fue un disparo que sólo alcanzó a la mujer en una pierna, pues Nora incluso pudo ver el chorro de sangre a causa del impacto. Pero resultó suficiente para que la herida perdiera el equilibrio, para que no pudiese frenar a tiempo y...

Nora lanzó un grito ululante, infrahumano, al verla caer al fondo rugiente de aquel infierno.

Llorando, presa de un ataque de nervios, vio venir hacia ella un hombre. Aquel hombre era Stanley.

Detrás, jadeando, venía Pulker.

—Has sido demasiado atrevida, Nora —susurró Stan abrazándola—. Eres de esas mujeres que tienen imaginación y siempre llevan las cosas hasta el fin. Pero pudo costarte la vida.

—¿Cómo... habéis venido? —musitó ella sin fuerzas.

—Porque yo también pude ver aquel extraño anuncio, y lo comprendí todo. Deseabas infundir la duda en el asesino de Paulina Glender para hacerle acudir a una cita. Por suerte tuvimos tiempo de instalar micrófonos en las cercanías, ya que Philco Street es un callejón muy retorcido y no era posible saber exactamente dónde ibais a encontraros. Uno de esos micrófonos habrá captado toda vuestra conversación, grabándola en cinta. Yo he venido en seguida, pero a causa de la oscuridad os he perdido unos instantes. Si llego a tardar un segundo más...

Mientras sonaban unos silbatos y acudían más policías en compañía de Pulker, Nora se dejó caer sin fuerzas en los brazos de Stanley.

—Tú siempre llegas en el segundo preciso... —musitó—. Pero me temo que ahora que está destruida hasta la memoria de Kramer, y cuando yacen en ese metal fundido las fórmulas de su diabólico invento... llegues con retraso el día de nuestra boda.

Nora no pudo decir más.

Su herida le había hecho perder el conocimiento.

Pero Stanley sabía que cuando lo recobrase sería para abrir los ojos a un mundo donde, a pesar de todo, existirían el amor, la ilusión y la vida.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

